
HARLEQUIN
Jazmin
COMO CUALQUIER HOMBRE
GAYLE KAYE

Jazmín

GAYLE KAYE

Como cualquier hombre



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Como cualquier hombre, n.º 1668 - agosto 2019
Título original: Kiss the Cowboy!
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1328-442-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

CANDACE Porter se quitó aquellas gafas que le daban aspecto de intelectual, tomó aire y cruzó la puerta del Gunslinger’s. Necesitaba una mesa desde la que pudiera observar y donde no la miraran a ella, como de costumbre.

Al borde de la pista de baile se agolpaban unos cuantos vaqueros cerveza en mano con la esperanza de tener suerte.

Había una orquesta de country que tocaba tan alto que las paredes retumbaban. Miró a aquellos hombres vestidos con vaqueros y sombreros ladeados.

Nada.

Ni uno de los que había allí le llamaba la atención. Supo que su proyecto iba a tener éxito. El artículo que iba a escribir para la revista Mujer del Milenio demostraría que los vaqueros no eran más guapos que el resto de los hombres del mundo, que la testosterona de Texas no era más potente que la de otro lugar.

Estaba convencida de que aquello era una fantasía femenina sin ninguna base lógica. Unas cuantas semanas observando a aquellos chicos en su salsa y tendría suficientes datos para demostrarlo.

–¿Qué quiere beber?

–Una copa de vino blanco, por favor –dijo dándose cuenta de que no estaba en una fiesta sofisticada en Connecticut. Allí todo el mundo bebía cerveza y ella acababa de dejar claro que era de fuera. Al ver que el camarero enarcaba una ceja, sus temores quedaron confirmados.

–Esto no es un club de campo, preciosa, pero veré qué puedo hacer.

Menos mal que había querido pasar desapercibida.

Se puso un mechón de pelo rizado y pelirrojo detrás de la oreja, se cruzó de piernas y se echó hacia atrás en la silla. Su misión era observar a los vaqueros texanos y acabar con aquel mito de que eran irresistibles. Y Candace era buena en lo que hacía.

Sus artículos eran serios y minuciosos.

Y estaba orgullosa de ello.

Tras beber un poco de vino, se sintió más relajada. Volvió a mirar a los vaqueros de la barra. Nada estimuló sus fantasías.

Casi todos habían ligado… menos el del fondo. Estaba sentado solo, algo apartado de los demás y estaba rastreando el lugar con la mirada… en busca de una mujer, claro.

Candace sintió que se le salía el corazón por la boca al ver que la había encontrado.

Ella.

Intentó mirar hacia otro sitio, pero le faltaba el aire. En contra de todo pronóstico, comenzó a hacerse un hueco en su cabeza cierta fantasía erótica. Habría bebido demasiado. Sí, tenía que ser eso.

Apartó la copa de vino.

Hacía calor, la música estaba alta y había demasiada gente. Al vaquero del fondo parecía no afectarle nada de aquello. Parecía estar en su salsa, con el tacón de la bota enganchado en la barra del taburete, el sombrero, bajo el que Candace vio un rostro de rasgos angulosos y marcados, unos ojos oscuros y desafiantes y unos labios carnosos y… seductores. Durante un momento de locura, se imaginó aquellos labios deslizándose por su piel caliente ante la necesidad de sexo.

Dejó de mirarle la boca y apartó aquella fantasía inconsciente de su mente. Entablaron contacto visual y él sonrió.

Abiertamente.

Con descaro.

A ella.

Candace ahogó una exclamación y se dio la vuelta rezando para que aquel hombre no se hubiera dado cuenta de sus pensamientos calenturientos. Con el mentón levantado con dignidad se puso a mirar hacia la pista de baile con la esperanza de que el material que hubiera allí no fuera tan perturbador.

Tenía que mantener la calma y no involucrarse si quería demostrar que su teoría era cierta.

La orquesta dejó de tocar música de baile y comenzó a interpretar una canción sobre noches largas y ardientes y amor no correspondido.

–¿Quiere bailar?

No necesitó mirar hacia arriba para saber que aquella voz ronca y seductora pertenecía al vaquero de la barra y sintió que todas sus terminaciones nerviosas palpitaban al saberlo tan cerca de ella. Sentía su mirada ardiente y descarada y su cuerpo delgado y fuerte.

Ir con él a la pista de baile era tan peligroso como desnudarse en mitad de la autopista. Se le ocurrieron cien excusas, pero no le salían las palabras.

«Solo una canción y me voy», pensó.

Al final, lo de ir al bar no había sido buena idea.
Mañana lo intentaría en otro lugar.
En un lugar más seguro.
El vaquero la guió hasta la pista de baile, la agarró y la apretó contra sí. Candace sintió una gota de sudor que le resbalaba entre los pechos.
–Relájate, preciosa –le dijo él–. Estás más tiesa que un pincho de cactus.
Qué fácil era decirlo para él. No era a él a quien estaba abrazando un metro ochenta de hormonas y músculos masculinos.
–Es que tengo un poco de calor.
Él se echó hacia atrás y la miró. Tenía unos ojos oscuros… del color de unos vaqueros recién estrenados, la mandíbula cuadrada, la piel bronceada. Se notaba que era un hombre acostumbrado a trabajar duro bajo las inclemencias del tiempo.
Y a las mujeres fáciles, claro.
No le costó mucho imaginarse a buen número de féminas haciendo cola delante de él.
Lo vio sonreír de manera seductora y enarcar una ceja.
–Si quieres, podemos ir fuera a mirar las estrellas…
Candace no tenía ninguna intención de mirar las estrellas ni nada con aquel tipo. El vino se le había subido y había revolucionado sus hormonas, que, normalmente, eran dóciles.
–Pensándolo mejor… aquí dentro se está muy bien.
Él levantó el mentón y la miró.
–Estoy de acuerdo, preciosa.
Su voz reverberó en el interior y Candace perdió el paso. Las hormonas dóciles estaban de juerga. Tenía que recobrar la tranquilidad y el aplomo.
–Le dirás eso a todas las chicas.
–No… solo a las guapas.
Le pareció ver sinceridad en sus ojos, pero pensó que sería la luz. Sabía muy bien que ningún hombre era sincero.
–¿Y le suele dar resultado?
–A veces, no siempre –sonrió él.
Aquella sonrisa la afectaba más de lo que hubiera deseado.
Tendría que haber bebido algo sin alcohol porque aquel hombre la estaba haciendo perder la cabeza.
–¿Y qué le trae a usted por aquí? No es como las demás, que vienen a ligar aunque… me ha parecido verla mirar a todos los hombres del local de arriba abajo.
Candace se ruborizó. ¿Tanto se le había notado? Su intención

había sido observar sin ser vista y recopilar datos e impresiones.

No pensaba decírselo, claro.

–Siento decepcionarlo, pero no he venido buscando a un hombre que llevarme a casa –contestó sinceramente–. ¿Puede usted decir lo mismo?

Volvió a dibujarse en su rostro aquella sonrisa sensual.

–¿Me está proponiendo algo?

–Por supuesto que no –contestó indignada.

Normalmente, la indignación era lo mejor para pararle los pies a los hombres, pero aquel hombre…

Se acabó la canción. Candace sabía que lo inteligente habría sido irse. Ya había bailado con él. Su proyecto había topado con un muro de ladrillo. Debía irse y recuperar la cordura.

–¿Quiere seguir bailando?

–Eh, no… lo siento, me tengo que ir.

Vio desilusión en sus ojos… ¿o serían imaginaciones suyas? No se podía fiar mucho de su percepción en el estado en el que estaba.

–¿En plan Cenicienta? –le preguntó él retirándole un rizo de la mejilla. Su caricia fue como una descarga eléctrica–. Todavía no han dado las doce.

Vio que tenía un hoyuelo en la mejilla derecha. No había reparado en él. Claro que había estado mirando otras partes de su cuerpo.

–Dejémoslo en que tengo que dormir ocho horas para estar guapa.

–Preciosa, tú estás guapa con y sin dormir.

Desde luego, los vaqueros de Texas sabían cómo adular a una mujer. Que no se le olvidara incluir aquello en el artículo.

Como advertencia.

Fue hacia la mesa decidida a agarrar sus cosas e irse. Sintió su mano en la espalda y decidió que, la próxima vez que quisiera demostrar una teoría, no bailaría con un hombre peligroso.

–¿De dónde es usted? –le preguntó al llegar a la mesa.

Ella agarró el bolso y se lo colgó del hombro.

–¿Qué le hace pensar que no soy de por aquí?

–Para empezar, el vino blanco.

Ya lo sabía ella. Tendría que haber pedido una cerveza sin alcohol. Aunque, pensándolo bien, sin alcohol tampoco habría servido.

–De Connecticut.

–De ahí el acento.

Era él quien tenía acento. Un acento suave y envolvente. Había

pasado muchos veranos con sus abuelos en Chicago. Por eso, tenía acento del Este.

–Está usted muy lejos de casa. ¿Qué la trae por aquí?

¿Qué le decía? No podía contarle que había ido allí para reventar el mito de los vaqueros, para aclarar si los vaqueros lo hacían mejor.

A ningún hombre le gustaba que se pusiera en duda sus artes amatorias.

–Estoy de vacaciones –mintió–. Me tengo que ir.

Él la miró con curiosidad. Parecía tener más preguntas preparadas.

–La acompaño al coche.

–No hace falta. Llevo años yendo sola –contestó saliendo del local.

Una vez fuera, respiró aliviada. El aroma de aquel hombre la había invadido, era como si siguiera estando entre sus brazos.

Bueno, sí, había encontrado a un vaquero irresistible.

Tal vez, fuera el vino.

La próxima vez, iría a otro sitio en busca de pruebas que refutasen su teoría. A la biblioteca, por ejemplo. Allí no habría solteros guapos, sería mucho más seguro.

Tanner Carson la observó irse y tuvo que controlarse para no salir corriendo tras ella. Le hubiera gustado bailar una canción más con ella para poder haber vuelto a mirar aquellos ojos verdes y provocativos. Había visto pasión en ellos, una pasión dormida que nadie había despertado todavía.

Le gustaría ser él quien lo hiciera.

Tanner sabía perfectamente que una mujer como ella solo significaba problemas. Había bailado con ella y debía olvidarla.

Sin embargo, no podía parar de pensar en ella.

Su camisa olía a ella, a lilas. Recordó su cuerpo delgado aunque voluminoso en los lugares adecuados.

Mientras bailaban había sentido un cosquilleo en la entrepierna que hacía mucho tiempo que no sentía.

Mucho tiempo.

Su pelo pelirrojo le había hecho cosquillas en la nariz ya que ella había apoyado la cabeza en su mandíbula. Aquellas piernas suyas, larguísimas y apenas ocultas bajo la diminuta minifalda.

Se dio cuenta de que el cosquilleo en la entrepierna seguía ahí y no iba a desaparecer si no dejaba de pensar en ella.

Necesitaba beber algo. Nada de cerveza, mejor un chupito de whisky. Mejor dos. A ver si, con un poco de suerte, mataba un par de células de memoria.

Tras tomarse un whisky doble, decidió que no le apetecía tomarse otro y, además, tenía que hacer demasiadas cosas en el rancho al día siguiente como para tener resaca. Tenía dos yeguas a punto de parir y muchos kilómetros de valla por poner.

Pagó y salió por la puerta sabiendo que no había bebido suficiente como para olvidar a cierta pelirroja.

–No me puedo creer que fueras a ese bar. No quiero herir tus sentimientos, Candace, pero tú eres una chica de ciudad. Los chavalotes que suelen ir por ahí nunca se fijarían en ti.

Candace iba en el asiento del copiloto mientras su amiga Darcy Garrett se esmeraba en esquivar los baches que había en la carretera. La conocía bien, así que su vieja furgoneta roja volaba sobre ellos e iba dejando una estela de polvo a su paso.

No era la primera vez que Darcy le echaba la bronca por tomarse demasiado en serio su trabajo de periodista y había visto que no servía de nada.

Por eso, se le había ocurrido llevarla a varios ranchos para que pudiera ver a los vaqueros en su trabajo.

Candace pensó que era la mejor manera de conocer al verdadero vaquero… en vivo y en directo.

Cinco ranchos y más de diez vaqueros después, Candace sentía deseos de tirar la toalla y dejar el mito donde estaba.

Tenía calor y estaba cansada y sucia. Solo pensaba en darse un buen baño de espuma en casa de Darcy.

Eran amigas desde la universidad, habían compartido habitación en la Northwestern University. Darcy había estudiado veterinaria y Candace, periodismo. Entonces, las dos tenían muchos sueños.

Candace ya había dejado por el camino algunos. Amor, ese entre un hombre y una mujer, ese en el que nunca se rompen promesas… hijos, tal vez algún día.

Ya no creía en ello. Prefería trabajar. El trabajo era más seguro. El trabajo no la consumía.

No la dejaba perdida.

–Solo uno más –anunció Darcy–. El Rancho Espuela de Plata, a este lado de Johnson City. El propietario tiene dos yeguas a punto de parir. Quiero asegurarme de que todo va bien.

–Yeguas vale, pero ya no puedo más de hombres por hoy –

comentó Candace frotándose las sienes. Le estaba empezando a doler la cabeza. Ni uno solo de los que le habían presentado le había subido la libido.

Los había guapos, desde luego, musculosos, de espaldas anchas y caballerosos, como lo demostraba el hecho de que se quitaran el sombrero ante una dama.

Era suficiente para que una mujer se sintiera atraída, pero con ella no había surtido efecto.

Había tomado notas y decidió revisarlas más tarde, con un buen vaso de té helado en el porche de casa de Darcy.

–Bueno, bueno. El que vas a conocer ahora sí que merece la pena. Por eso, he reservado el mejor para el final.

Candace no pudo objetar nada porque ya habían entrado en el rancho. Estaba vallado y había robles y cedros.

Unos quinientos metros carretera arriba, Darcy paró la furgoneta frente a una casa vieja. Tocó la bocina y un vaquero impresionantemente guapo salió del establo.

Un vaquero que le resultaba muy familiar.

Candace ahogó un grito de sorpresa.

A la luz del día, parecía más alto, más fuerte, más delgado, más duro, más… viril.

–Sabía que te ibas a quedar con la boca abierta –rio Darcy.

Su reacción no había sido por lo que su amiga se creía. Ya conocía a ese vaquero y no quería volver a verlo.

Candace se puso las gafas con la absurda esperanza de que no la reconociera.

–Me voy a quedar en el coche organizando las notas que he tomado –dijo fingiendo leerlas con interés.

–No, de eso nada, Candace Porter. Has venido hasta aquí para observar a los vaqueros y este hombre es un buen ejemplar.

Desde luego, el hombre que iba hacia ellas era eso y mucho más.

Y Candace supo que no iba a salir bien parada de aquello.

Capítulo 2

VAYA por Dios.

Tanner se quedó sorprendido al ver a la mujer de la noche anterior en la furgoneta de la veterinaria. Llevaba unas gafas de ratón de biblioteca en la punta de la nariz… y, si se creía que eso haría que los hombres no se acercaran a ella, se había equivocado.

Por completo.

Sintió que se le licuaba la sangre en las venas. En realidad, no se había repuesto del todo de su encuentro anterior. No había dormido mucho.

–Hola, Darcy –saludó mirando a la mujer que la acompañaba.

–Hola, Tanner… quiero presentarte a una amiga –dijo agarrando a Candace del brazo y haciéndola avanzar–. Tanner Carson… Candace Porter.

Tanner consiguió disimular una sonrisa.

–Ya nos conocemos.

–¿Cómo?

Ante el grito de Darcy, Tanner dejó de mirar a la mujer y prestó atención a la veterinaria, que se había quedado con la boca abierta. Hacía tres años que conocía a Darcy Garrett, desde que había comprado la clínica veterinaria de Doc Sloan en Drippings Springs.

–Bueno… no nos habían presentado oficialmente –dijo limpiándose la mano en los vaqueros y tendiéndosela a la señorita del Este. ¿De dónde había dicho que era? ¿Nueva York? No… Connecticut, de muy lejos–. Encantado de conocerte, Candy.

La vio tensarse… exactamente igual que en sus brazos la noche anterior y no le dio la mano, algo de muy mala educación en Texas.

–Candace, no Candy –aclaró.

No… la chica no era amigable. Además, era demasiado estirada y pedante. Y aquellas gafitas… Parecería una solterona sino no fuera por aquel cuerpo.

A pesar de que sabía que no debía hacerlo, no pudo dejar de mirarla de arriba abajo.

Recordó aquellas mismas curvas apretadas contra su cuerpo la noche anterior.

Sintió que los pantalones le apretaban como si hubieran

encogido dos o tres tallas. No era lo mejor que le podía suceder delante de dos mujeres.

–No deja que nadie la llame Candy –dijo Darcy.

Tanner estaba a punto de retirar la mano cuando ella se la estrechó.

–Me alegro de conocerte formalmente, Tanner Carson.

¿Cómo se había olvidado de su voz? Era aterciopelada y podía hacer que un hombre sintiera que le flaqueaban las rodillas... aunque no otras zonas de su anatomía.

No, otras zonas desde luego que no.

–No quisiera interrumpir, pero... –dijo Darcy–... ¿se puede saber cuándo os habéis conocido?

–Un caballero no da ese tipo de detalles –contestó Tanner.

Candy, eh, Candace lo miró de forma hostil.

–Anoche. Estuvimos bailando... una canción en el Gunslinger's –se apresuró a aclarar ella.

–¿En Gunslinger's? –preguntó Darcy con obvia curiosidad–. Me parece que tú y yo tenemos que hablar, amiga.

Candace se ruborizó.

–¿Cómo te lo iba a decir? No querías que fuera... me dijiste que era un local lleno de juerguistas.

–¿Juerguistas? –rio Tanner–. Me parece que te has quedado corta, Darcy.

–No la quería asustar –contestó Darcy–. Bueno, si me disculpáis, tengo dos yeguas esperándome –añadió agarrando su bolsa–. ¿Qué tal están, Tanner?

Tanner le fue contando cómo estaban las pacientes mientras iban hacia el establo sin quitarle el ojo de encima a Candace.

No llevaba minifalda sino vaqueros muy ceñidos que revelaban unas piernas largas y bien torneadas. Aquellas piernas habían sido las protagonistas de muchas de las fantasías que había tenido aquella noche.

Llevaba botas de vaquero... de cuero rosa.

¿Rosa?

De Connecticut, claro. Ninguna tienda que se preciara en Texas vendería eso.

Llevaba una camisa vaquera abierta en el cuello, que dejaba al descubierto una piel blanca y cremosa peligrosa bajo el sol abrasador de Texas, y el pelo recogido de cualquier manera.

Tanner sintió deseos de soltarle la horquilla y ver cómo le caía el pelo en cascada sobre los hombros.

Vio que lo estaba mirando como si le hubiera leído el

pensamiento. Se ruborizó y miró hacia otro sitio, visiblemente avergonzada.

Al llegar al establo, Darcy auscultó a las yeguas mientras él intentaba controlar sus hormonas.

Tanner hubiera preferido tenerla cerca, pero Candace se había ido a deambular por las cuadras vacías. Supuso que para no estar cerca de los caballos.

Tanner sonrió. Definitivamente, aquella mujer era una yanqui.

–Yo creo que parirán dentro de cinco o seis días –dijo Darcy–. ¿Tú qué crees?

–Lo mismo –dijo agarrando una carpeta y haciéndole un resumen del embarazo de cada una. Darcy se había criado en la zona y sabía la importancia de escuchar a los vaqueros.

Sin embargo, la mujer que deambulaba por la cuadra era muy diferente.

Candace sintió como si se hubieran olvidado de ella, pero se alegró de poder observar y escuchar.

Le maravilló los conocimientos de Tanner, su mimo y preocupación por sus yeguas, sobre todo por una de ellas, que él creía podía tener un parto más difícil.

Se preguntó si hablaría con tanta suavidad de una mujer que le importara.

¿Habría alguna mujer en su vida?

Candace decidió que no era asunto suyo. Solo había bailado con él… una canción… en un local de Texas. Nada más.

Aun así, sabía que se lo iba a preguntar a Darcy en cuanto tuviera ocasión.

Diría que era parte de la investigación.

Tanner Carson no estaba incluido en ella porque la confundía demasiado como para considerarlo un dato más.

Candace se paseó admirando a sus caballos desde una distancia prudente. Los caballos le daban miedo desde que, con once años, uno le había mordido. No se lo había contado a Darcy y, desde luego, no se lo iba a contar a Tanner.

Estaba segura de que sería motivo de carcajada en aquella región del país.

El olor a cuero y aceite de lino mezclado con el olor de la paja fresca invadía las cuadras. Aquella era la vida de Tanner, su pasión.

Se preguntó qué otras pasiones tendría.

Decidió que aquello tampoco era asunto suyo.

Haciendo acopio de valor, alargó el brazo y acarició en el morro a un animal que parecía muy dócil. Vio que se llamaba Ginger. Candace se preguntó si Tanner la habría llamado así en honor de una novia igual de dócil. Tal vez, fuera por el color jengibre de su pelo.

El animal relinchó y Candace se llevó un buen susto.

–Con cuidado –dijo Tanner agarrándola de la mano–. Las yeguas suelen tener mal genio cuando están a punto de parir.

Sintió una descarga eléctrica cuando la tocó… aunque también podría ser el miedo a que le mordiera el animal. Candace prefirió pensar que había sido por lo último. Se negaba a admitir que su cuerpo reaccionara ante Tanner Carson.

–Solo… la estaba haciendo mimos.

–¿Haciendo mimos? –se burló Tanner.

Por lo visto ese verbo no era el correcto por esos lares. Le soltó la mano y ella, nerviosa, intentó metérsela en el bolsillo porque no sabía qué hacer, pero llevaba los vaqueros tan apretados que no pudo.

¿Dónde estaba Darcy?

No sabía por qué, pero sentía que necesitaba que la protegieran de aquel vaquero.

–Vamos dentro a beber algo fresco –propuso él–. Darcy está a punto de terminar.

¿A su casa? Candace tomó aire y echó un vistazo a ver dónde estaba su amiga. Al verla, se relajó.

La verdad era que un buen vaso de té con hielo sonaba de maravilla.

Al entrar en su casa, no se molestó en disimular la curiosidad que le inspiraba Tanner Carson. Quería saber cómo vivía y cómo era.

Miró a su alrededor anotándolo todo mentalmente, como si estuviera haciendo una investigación para escribir un artículo.

La casa estaba destartalada, pero era cómoda y rústica. Las paredes eran de cedro y las vigas del techo, también. La calidez de la madera hacía que el lugar pareciera perdurable.

Los colores predominantes eran típicamente masculinos: marrones, azules y tostados. Había un enorme sofá de cuero beis. Se imaginó a Tanner tumbado en él descansando tras una dura jornada, con una cerveza o un vaso de whisky.

O… tal vez una mujer.

Parpadeó para borrar aquella imagen de su cabeza. Aunque no le interesaba lo más mínimo aquel hombre, pensar en que podía estar con otra mujer la hacía reaccionar de manera tontamente femenina.

Se dirigió a la cocina, donde Tanner estaba buscando unos vasos. Lo vio enjuagarlos, poner hielo y servir el té. Candace se dio cuenta de que tenía mucha sed.

–Toma –le dijo dándole el primer vaso–. En los días de calor, no hay nada mejor que un buen vaso de té con hielo… excepto una gran cerveza bien fría.

Sonrió inocentemente aunque no había nada inocente en Tanner Carson.

–Qué buena pinta tiene –contestó ella–. Gracias.

Al agarrar el vaso, sus manos se rozaron ligeramente y sintió la caricia de sus dedos.

Se apresuró a distanciarse, tanto física como emocionalmente.

Obviamente, el sol le había abrasado el cerebro.

No había razón para reaccionar así ante Tanner. Lo que tenía que hacer era ignorarlo.

Darcy estaba al teléfono escuchando los mensajes del contestador. Candace rezó para que no hubiera urgencias porque soñaba con darse un buen baño de espuma. Había perdido la cuenta de los kilómetros que habían hecho.

Y había visto a demasiados vaqueros.

Fue hacia el salón intentando distraerse. Sobre la repisa de la chimenea vio una fotografía… era un apuesto vaquero montado sobre un toro que parecía enfadado y rodeados de una gran multitud.

–¿Has estado alguna vez en un rodeo?

Aquella voz suave la desmadejaba. Se giró y, al momento, deseó no haberlo hecho. Lo tenía encima, a unos centímetros de la boca.

Dio un paso atrás esperando encontrar seguridad y paz mental, pero nada. El corazón le martilleaba tan alto que seguramente lo estarían oyendo en la casa de al lado.

–No, nunca. ¿Eres el de la foto?

Tanner sonrió.

–No… es mi hermano. Aquel toro me dejó hecho polvo, así que me fui a un bar cercano y me emborraché, me parece.

Candace se rio… y Tanner pensó que le gustaba su risa. Era una pena que la hubiera provocado su humillante fracaso.

–Al año siguiente, me tiró el mismo toro. Entonces, decidí dejar el rodeo.

–Me alegro –dijo ella ruborizándose al instante.

–Si quieres, podríamos ir a uno mientras estés aquí –le propuso Tanner. Nunca se había puesto tan nervioso a la hora de pedirle una cita a una mujer. Una mujer de Nueva York… o de donde diantres fuera.

Una mujer que le gustaba más de lo debido.

No necesitaba complicaciones en su vida. Tenía que ocuparse del rancho. Lo último que necesitaba era un lío con una chica de ciudad. Lo sabía por experiencia, no debía olvidarlo.

Aun así, no podía evitarlo.

–Claro que sí –dijo Darcy metiéndose en la conversación–. No puedes estar en Texas y no ir a un rodeo.

–Soy mayorcita para organizarme, gracias –dijo Candace mirando a su amiga–. Me lo pensaré… –añadió mirándolo a él.

Pasó junto a él, dejó el vaso a medio terminar en la barra que separaba el salón de la cocina y salió por la puerta sin decir nada dejando claro que se quería ir.

Tanner sonrió. Tenía una actitud remilgada y prepotente, pero el resto de ella era maravilloso… aquellos rizos pelirrojos que le caían sobre los hombros, sus labios que pedían a gritos que los besara y sus pechos, que no se podía quitar de la cabeza.

¿Por qué tenía la sensación de que enamorarse de ellos podía ser peor que caerse del toro más bravo del mundo?

Darcy fue hacia la puerta y se giró.

–Bueno, ya lo hablaréis en la barbacoa que hago mañana. A las siete y media, Tanner.

Tanner sabía que debería poner una excusa para no ver a la yanqui que le podía complicar la vida, pero no dijo nada.

No estaba seguro de poder permanecer alejado de ella.

Capítulo 3

QUÉ ES eso de la barbacoa, Darcy Garrett? No me habías dicho nada –dijo Candace mirando a su amiga con el ceño fruncido mientras salían del rancho.

Darcy sonrió.

–Bueno, bueno, se me acaba de ocurrir. Ten en cuenta que vas a conseguir tanta información sobre ese vaquero como para escribir un libro.

–No quiero escribir un libro, solo un artículo… desde una perspectiva feminista.

A ver si lo terminaba, con un poco de suerte.

–Bien, nada de libro. Tendrás suficiente información para diez artículos.

–No sé de qué me va a servir una barbacoa.

«Sobre todo si viene Tanner Carson».

No había dicho que fuera a ir, pero Candace sabía que se iba a pasar toda la tarde esperando verlo aparecer. Iba a estar tan nerviosa que no iba a poder recopilar ni un solo dato.

Pero no quería admitirlo ante su amiga.

¡No quería admitírselo a sí misma!

–Las barbacoas son típicas de Texas y tienes que conocer las diversiones de por aquí antes de poder formarte una opinión sobre los vaqueros.

Darcy salió de la autopista 281 para tomar la 290 en dirección a Dripping Springs. Iba demasiado concentrada en sus pensamientos como para ver el paisaje. Ojalá también pudiera dejar de oír a Darcy.

Sabía que su amiga tenía razón.

Quería escribir bien el artículo.

–Tienes razón, Darce, pero me gustaría que no hubieras invitado a Tanner Carson.

Darcy sonrió abiertamente.

–Así que te gusta. ¡Lo sabía!

–No, solo quiero hacer bien mi trabajo –contestó acalorada.

–Ese es tu gran defecto, Candace. El trabajo.

–¿Qué tiene de malo el trabajo?

–Nada… excepto si es el sustituto de los hombres, de tener novio, de la vida.

–Tengo una vida y me gusta tal y como es, sin compartirla con un hombre.

Candace no quería complicarse. Otra vez, no.

No después de Steven. No había olvidado cómo la había plantado casi en el altar.

El muy cerdo.

Darcy sabía la historia, sabía que la había dejado para irse con una de sus alumnas de la universidad después de haberle dicho que era la única mujer del mundo para él y de que ella le hubiera creído como una tonta.

–Puede que te sorprenda, pero no todos los hombres son unos canallas. Algunos son incluso… buenas personas.

Candace se preguntó si su amiga incluía a Tanner Carson en ese grupo.

–Me lo creo.

Intentó olvidarse de él al ver aparecer en el horizonte el pequeño rancho de Darcy. Le encantaba la casa de su amiga.

Mientras Darce iba a las cuadras para ver a sus animales, ella se dio un bien merecido baño. Un rato después, estaba instalada en el porche con un vaso de té con hielo y las notas del día.

En el horizonte, el sol se estaba poniendo. Había una brisa fresca, flores en abundancia. Tenía que admitir que el sitio era propicio para el amor, incluso con un vaquero.

Tal vez.

Sus notas reflejaban unos cuantos puntos a favor de los vaqueros.

El vaquero era el límite, el último lugar donde los hombres eran hombres. Un poco como la imagen de John Wayne: duro, masculino, hombres que amaban la tierra que les daba de comer y con la que lo compartían todo.

Por otra parte, siempre rodeados de polvo y sudor… a veces, también cierto tufillo procedente de sus botas que dejaba muy claro dónde habían pisado.

Bebían mucho y jugaban más todavía. En otras palabras, estaban completamente absorbidos por su tierra y sus animales y, en sus ratos libres, aprovechaban para pasarlo bien.

Tanner Carson apareció en su mente, tan guapo y sexy. Se apresuró a apartarlo.

Tanner era una distracción que no se podía permitir.

Lo que necesitaba era encontrar algo que dejara el artículo

redondo, como a ella le gustaba.

¿Pero qué?

¿Cómo?

Aquel proyecto estaba poniendo a prueba su aguante y no estaba dispuesta a dejarse vencer. Al contrario, estaba dispuesta a redoblar sus esfuerzos, a meterse de lleno en el artículo y a olvidarse de Tanner.

Si era posible.

Mientras aparcaba la camioneta en casa de Darcy, Tanner percibió el olor de la carne en la barbacoa. Viendo la cantidad de camionetas que había, la fiesta prometía.

Quiso convencerse a sí mismo de que había ido atraído por las costillas y la cerveza, pero sabía que había algo más.

Había decidido ir para demostrarse a sí mismo que aquella yanqui no le importaba lo más mínimo, que tenía las hormonas bajo control y el cerebro en su sitio.

No estaba dispuesto a que le gustara una mujer de la costa este que llevaba botas rosas y que andaba por las cuadras como si le diera miedo pisar algo.

Era una yanqui de pies a cabeza y él ya había tenido suficiente con Marlene. Había llegado allí en plan de risas para echarle el lazo a un vaquero y llevarlo al altar.

Tanner no solía enamorarse fácilmente, pero le había gustado su femineidad y su delicadeza… una delicadeza que no estaba hecha para vivir en un rancho.

A los seis meses de matrimonio, se había vuelto a Filadelfia y a la vida fácil que llevaba allí.

Si volvía a casarse tendría que ser con una mujer del lugar, que supiera lo dura y solitaria que era la vida en un rancho.

Entró en la fiesta y saludó a la gente que conocía, gente de allí, como él. Había costillas y cerveza. La música de George Strait estaba amenizando la velada.

Habló con Jack Wooten, su vecino de la derecha, se sirvió unas costillas y un poco de ensalada de patatas, agarró una cerveza y fue a sentarse. Estaba comiendo y viendo a los demás bailar cuando la vio.

Candy, eh, Candace.

Estaba en el porche bailando con Jim Hanks.

Jim Hanks era un pulpo.

Sintió celos. Agarró el plato con fuerza y notó que la ira se

apoderaba de él.

¿Pero qué se creía aquella mujer que estaba haciendo? Sabía la fama que tenía Jim… aunque nunca le había importado hasta aquel momento.

Las costillas no le parecieron tan deliciosas cuando la vio sonreír a Jim. A continuación, su risa rasgó la noche.

Maldición, ojalá aquella sonrisa y aquella risa fueran dirigidas a él.

Se puso en pie, dejó el plato, se terminó la cerveza y se puso a vigilar a Hanks.

Y a Candy… Candace.

–¿Qué tal, Tanner?

Era Darcy. La miró y volvió a mirar a la pista de baile. Una respuesta equívoca.

Y brusca.

Darcy siguió su mirada.

–¡Vaya! Siento haberte molestado. Ya veo que… estás ocupado –dijo alejándose–. Está guapa, ¿eh?

–Vete al infierno, Darce… directa con Satán.

Desde luego, no era lo más bonito que le podía haber dicho a la anfitriona del sarao, pero ya se disculparía luego.

Candace se lo estaba currando. Había decidido poner en marcha un nuevo plan: bailar con todos los vaqueros de la fiesta y calificar del uno al diez su sex-appeal, sus encantos y su sensualidad.

Confió en su instinto, dependiendo de si le daban o no buenas vibraciones. La situación no se le iría de las manos y conseguiría escribir un buen artículo.

Siempre había sido así.

Aquel proyecto estaba siendo diferente aunque no sabía por qué.

Aun así, estaba decidida en llegar al final.

Iba por el cuarto vaquero con el que bailaba. Un lobo con piel de cordero llamado Jim Hanks.

El primero con el que había bailado resultó ser un vaquero encantador, pero cero sexy. Ni una mujer necesitada de sexo tras pasar un año en una isla desierta lo habría encontrado sensual.

Candace le había dado un dos.

Por su dulzura.

Había tantos hombres en la fiesta que, para cuando hubiera terminado, tendría suficientes datos como para empezar el artículo.

Y, para final de la semana, esperaba estar de vuelta en

Connecticut.

–¿Bailamos otra, preciosa? –preguntó Jim Hanks cuando terminó la canción.

–No gracias. Tengo que… circular.

Sin perder de vista las manos de aquel tipo, que era más rápido que una masajista.

No le gustaría saber la puntuación que le había puesto.

Además, le había pisado sus preciosas botas rosas.

Se giró en busca de la próxima presa. Entonces, vio a Tanner. Estaba algo apartado de los demás, frío y solo.

Era un solitario.

¿O no?

Con él, le costaba poner etiquetas. No creyó querer hacerlo, tampoco. Tenía trabajo. Tenía que seguir bailando y evaluando.

Ya había otro listo para bailar.

Sonrió a aquel tipo alto y guapo.

Aquel iba a llevarse más puntos que los otros.

Tanner intentó escuchar con interés a Will Barton, que le estaba hablando de la última res que había comprado, pero no podía dejar de mirar a la pista de baile.

Y a la mujer en la que no estaba interesado, según no paraba de repetirse a sí mismo.

Se le iban a desgastar aquellas botas tan horteras si seguía bailando. Le entraron ganas de ir para allá y hacerla parar.

Pudo controlarse medio minuto más, luego puso una excusa a Barton y salió disparado como un cohete.

Los vaqueros ceñidos se le agarraban a aquellas piernas tan largas y los rizos pelirrojos caían en cascada. Quería tocarlos, ver si eran tan suaves y sedosos como prometían.

Ella se dio la vuelta como si hubiera presentido su cercanía. Tal vez, ella también lo hubiera estado mirando. Lo miró suave y apasionadamente.

–¿Os importa? –dijo metiéndose en medio. No era una pregunta sino una orden. Sam Parker no pudo ni contestar.

Ni ella, tampoco.

La canción estaba a punto de terminar y no quería perder ni un segundo más. Se moría por tenerla entre sus brazos y perderse en sus ojos verdes.

–Solo un baile, Tanner –dijo ella con descaro.

Le gustaba el descaro. Por lo menos, en ella. Sabía que la

impertinencia se podía domar con algo de esfuerzo y unos cuantos besos.

Se controló para no besarla y llevársela por ahí a hacerle el amor ardientemente.

La agarró y ella se dejó llevar. Le puso las manos en la espalda y ella le pasó los brazos por el cuello. Tanner sintió un delicioso escalofrío cuando sus dedos le tocaron la nuca.

–Siento haber interrumpido el baile con Parker, pero temía que se me pasara el turno. ¿Me habías incluido en este maratón de baile tuyo?

–No es ningún maratón. Solo estoy siendo… sociable.

–Ya. Pues ten cuidado con quién eres sociable porque algunos de estos chicos son algo salvajes.

–¿Eso va por ti, Tanner?

Le gustaba oír su nombre de sus labios. Lo decía de una manera… íntima. Daría cualquier cosa por oírselo decir en un momento de pasión.

–Todo es posible, bonita.

–Lo tendré en cuenta.

Aparentemente, aquella mujer no se asustaba con facilidad. Debía de creer que podía hacer lo que quisiera con aquellos vaqueros, pero Tanner no estaba tan seguro. Sobre todo, porque muchos de ellos ya llevaban unas cervezas de más.

Decidió estar alerta para que ninguno hiciera el patoso.

Incluido él.

Se dio cuenta de que ella miraba a su alrededor. ¿Estaba buscando a su próxima pareja de baile? Cualquiera de los presentes querría bailar con ella, pero Tanner no estaba dispuesto a soltarla así como así.

Todavía, no.

–Sin ánimo de ofender… Es la segunda noche que te pillo buscando hombres.

Aquello hizo que ella lo mirara con los ojos muy abiertos. Luego, los cerró y él no pudo leer nada en ellos.

–¿Es un juego típico de las mujeres yanquis que los de por aquí no conocemos?

Recordó el jueguecito de Marlene. A la caza del vaquero para llevar al altar. Él había aprendido una lección amarga que no estaba dispuesto a olvidar.

Candace no quería que Tanner ni nadie supiera lo que estaba

haciendo allí ni por qué estaba bailando con todos. Solo lo sabía Darcy.

Y le había prometido que no iba a revelar su secreto.

–No, lo que pasa es que me gusta bailar –contestó–. No creo que sea un delito… –añadió con una gran sonrisa. No le gustaba mentir, pero sabía que la gente cambiaba cuando se sabía observada. No podía arriesgarse.

El proyecto era demasiado importante.

–¿Así que… te gusta bailar?

–Sí.

–Bien, entonces, soy todo suyo para un par de canciones más.

Candace tragó saliva. Se había metido ella solita en la boca del lobo.

–¿Qué ocurre, Cenicienta? ¿Tienes todos los bailes pedidos?

–No, eh, me duelen los pies –contestó sinceramente.

–Con esas cosas rosas, no me extraña.

Candace se miró los pies y luego miró las botas de Tanner, usadas, cómodas y hechas a mano.

–¿Me estás diciendo que no te gustan?

Tanner se rio con una risa rica y sincera que le llegó al corazón. ¿Qué había en aquel hombre que la afectaba tanto?

Le pasó un brazo por los hombros y la sacó de la pista de baile.

–Te invito a una cerveza, Cenicienta.

–Prefiero un té con hielo –contestó ella decidida a no perder el control.

–Marchando.

La música y las voces de los demás los envolvían. Darcy estaba en la barbacoa con su última conquista, Todd Wellman.

Había llegado el momento de los emparejamientos y Candace se encontró que estaba con Tanner. Aquello no era buena señal. Debería estar observando cómo discurría la noche. Había ido allí para observar los efectos que tenían los vaqueros en las mujeres.

Pero con Tanner cerca le costaba pensar.

Con claridad.

Había vuelto con un té y una cerveza y demasiado encanto para una noche de luna llena en la que Candace tenía los sentimientos a flor de piel.

¿Habría bailado con él si no hubiera interrumpido?

No. Se habría mantenido alejada de él porque aquel vaquero no encajaba en sus estadísticas.

Era una aberración para su artículo.

–Gracias –dijo cuando él le dio su vaso.

Se dio la vuelta y se apartó un poco de la fiesta con la esperanza de aclarar sus ideas. Aunque, con Tanner cerca, no era fácil.

–Siempre había oído que aquí en Texas las estrellas brillaban más… y es verdad.

–Es algo de lo que estamos muy orgullosos.

Ella se dio la vuelta y le sonrió. Aquel hombre estaba orgulloso de lo que era y se sabía controlar. También se lo veía reacio a tener nada con una mujer.

Desde luego, no con una mujer como ella.

Tal vez, debiera incluirlo en su prueba de fuego. Para que hubiera equilibrio porque, hasta el momento, tenía más datos negativos que positivos.

Pero, ¿podría mantener la cabeza fría con él cerca? ¿Podría seguir siendo objetiva? Temía que no.

–Háblame de ti, Tanner.

Estaba jugando con fuego, pero aquel hombre la intrigaba.

Él la miró con recelo y Candace se dio cuenta de que no sabía por qué le estaba preguntando aquello.

Ella tampoco lo sabía… por curiosidad, supuso.

–No hay mucho que contar. Tengo un rancho, eso ya lo sabes, y me dedico a cuidar de mi ganado.

–¿Y en el aspecto personal?

Tanner entrecerró los ojos.

–Vas directa al grano, ¿eh, preciosa?

Candace se miró las puntas de las botas durante un instante, dándose cuenta de que se había puesto a investigar.

Miró hacia arriba de nuevo, con aire más casual.

–Es… –se interrumpió a tiempo porque iba a decir «deformación profesional»– una mala costumbre que tengo. Lo siento. No debí habértelo preguntado.

Él la miró como queriendo saber si le hablaba con sinceridad.

–No pasa nada. Pero no creo que haya nada interesante en mi vida personal.

–¿Así que solo trabajas?

Tanner sonrió. Aquel hombre era de lo más sensual. Si lo tuviera que puntuar, sobrepasaría el diez.

–No solo me dedico a trabajar, guapa –contestó–. No cuando veo a una mujer que me intriga.

Candace sabía que tenía que desviar la mirada o, mejor, salir corriendo, pero aquella sonrisa y el deseo que vio en sus ojos se lo impedían.

No podía hablar ni moverse. No podía dejar de mirarlo a los

ojos. Aquello era una locura.

Él se acercó y bajó la mirada hasta su boca como una caricia. ¿Besaría con besos apasionados?

¿O con besos prometedores de que había más por llegar?

Quería saberlo.

Ella también lo miró a los labios como anticipando su sabor, su tacto, su… deseo.

Pero no la besó. Y ella se sintió decepcionada. Habían estado a punto.

Ambos lo deseaban.

–Me parece que me intrigas demasiado, preciosa –dijo él en voz baja–. Podrías poner patas arriba mi vida y me da miedo.

Capítulo 4

CANDACE volvió a circular.

Casi se le había olvidado el objetivo de la noche: evaluar a los vaqueros para escribir su artículo, destinado a tirar por tierra aquel estúpido mito. Volver a ver a Tanner la había despistado.

Y aquel beso que casi se habían dado.

Ella no lo había querido.

¿Pero a quién quería engañar? Si le había faltado suplicar que se lo diera.

A ver si se enteraba: ella tampoco quería complicarse la vida.

Ni con él ni con nadie.

Decidió ignorarlo durante el resto de la velada. A él y a Darcy, que se moría de curiosidad por saber qué tal iban las cosas entre ellos.

La barbacoa le había dado la oportunidad de observar a los vaqueros en su salsa y estaba agradecida por ello.

Lo estaría todavía más si la imagen de Tanner no la distrajera cada dos por tres.

No podía dejar de mirarlo. Era tan masculino… Pero era una excepción, seguro.

El mito del vaquero existía solo en la cabeza de algunas mujeres idiotas.

Y ella lo iba a demostrar.

A ver si Tanner Carson se quitaba de su camino para que lo consiguiera.

–Si lo quieres, será mejor que lo dejes claro cuanto antes –dijo Darcy. Candace sabía que se refería a Tanner.

Miró a su alrededor rápidamente.

Demasiado rápidamente.

Menudo intento fallido de disimular que le gustaba. No sabía por qué, pero sí le gustaba. Y a las tres mujeres que revoloteaban a su alrededor dispuestas a saltarle a la yugular era obvio que también.

Tanner, el muy cerdo, se lo estaba pasando en grande.

–No me interesa, Darce… se lo pueden quedar –contestó encogiéndose de hombros.

Su amiga sonrió.

–No, claro, no te interesa lo más mínimo.

Le interesaba mucho, pero no quería admitirlo. Siempre había tenido los pies en la tierra, nunca había sucumbido a una fantasía.

Hasta conocer a Tanner.

Aquel hombre sacaba lo peor que había en ella.

Se dio la vuelta para no ver lo que estaba sucediendo en el porche. Por ella como si se las quería llevar a las tres a casa.

–¿No tienes nada mejor que hacer que dedicarte a emparejarme con ese vaquero? –le preguntó a Darcy.

–Candace, no hay quién te aguante –contestó yendo a reunirse con sus invitados.

Candace suspiró aliviada e intentó recuperar la compostura. En ese momento, sintió un golpecito en el hombro.

Se giró.

–Ya te he dicho que no me interesa Tan…

No era Darcy sino Tanner.

–Vaya, me alegro de oír eso –contestó él cruzándose de brazos– porque las mujeres son como los coyotes.

–No es que los hombres sean precisamente corderas indefensas –le espetó ella.

–¿Corderitas? –repitió él enarcando una ceja.

–Sí.

Tanner comenzó a reírse a carcajadas.

–Una cordera, bonita, es la hembra de la especie.

–Oh –dijo ella ruborizándose. Lo sabía… pero él le había puesto nerviosa–. Bueno, entonces, no sirve.

–No, no sirve. Bueno, ahora que hemos dejado claro que no nos gustamos, ¿qué te parece si bailamos un poco?

Candace señaló con la cabeza hacia el porche.

–¿Y tu grupo de admiradoras?

–Vamos a dejarlo en que me atraen las botas rosas –sonrió él.

Candace sabía que debía irse, pero aquellas mismas botas rosas que a él le gustaban parecían pegadas al suelo. No, no estaban pegadas. Se dio cuenta de que estaba siguiendo el ritmo de la música con la punta del pie.

Le apetecía bailar.

Y Tanner era el único hombre de la fiesta que le interesaba algo.

Tal vez, necesitaba demostrarse a sí misma que podía resistirse a su encantadora personalidad.

–No sé si me apetece volver a bailar contigo, Tanner.

–Claro que te apetece –dijo llevándola a la improvisada pista de

baile.

La música era lenta y suave. La noche se estaba acabando. Tanner la tomó entre sus brazos. Candace intentó ignorar el montón de emociones que su contacto producía en ella.

El calor de su cuerpo la envolvió y la dejó sin fuerzas y sin cordura. Sus cuerpos, que parecían encajar perfectamente, se movían al compás de la música en medio de la noche. Olía a hombre y, cuando la tocaba, sentía descargas eléctricas. Candace sabía que aquello era peligroso.

Aquello no le iba bien para su artículo.

Pero no podía apartarse de él.

¿Sería cierto, después de todo, que los vaqueros tenían un encanto especial?

¿O solo sería ese vaquero?

Tenía miedo de querer saberlo.

De repente, la canción terminó y Tanner la soltó. Candace se estremeció al dejar de sentir su cuerpo.

–¿Qué te parecería que fuéramos el sábado al rodeo? –preguntó él sonriendo. Candace sintió que se le salía el corazón por la boca–. Puedo pasar a buscarte a la una.

Candace no entendía nada de rodeos, pero sabía que ir con él a uno sería peligroso. Le gustaba demasiado aquel hombre. No quería que fuera así.

–¿El sábado? No sé…

–Irá encantada, Tanner –contestó Darcy por ella.

–Darce, ¿por qué no dejas de meter las narices en mi vida social?

–Solo te estoy dando un pequeño empujón en la dirección correcta. Además, no puedes estar en Texas y no ir al rodeo. Es típico de aquí, como las barbacoas. Recuerda que has venido a experimentar…

Candace se apresuró a intervenir para que su amiga no dijera nada de su artículo.

–Iré al rodeo –contestó mirando a Darcy y sonriendo levemente a Tanner.

¿En qué se había metido?

Se había vuelto a poner aquellas terribles botas rosas. No era lo más apropiado para el ambiente salvaje del rodeo. Bueno, él tenía otras cosas en las que fijarse.

Por ejemplo, en cómo le quedaban los vaqueros ceñidos o en cómo la camisa le marcaba los pechos. Pensó en lo mucho que le

gustaría darle un beso en la piel que quedaba al descubierto en el cuello, allí donde llevaba un par de botones desabrochados.

Pero Candy, eh, Candace no parecía dispuesta a dejar que aquello ocurriera. Iba sentada pegadita a la puerta de la camioneta, como si Tanner tuviera una enfermedad contagiosa.

Asquerosamente insociable.

–¿Te ha comido la lengua el gato? –le preguntó disgustado recordando cómo la noche de la barbacoa se había apretado contra él.

–¿Qué?

–Estás muy callada.

–Lo siento. No era mi intención. Gracias por llevarme al rodeo. Supongo que tendrías muchas cosas que hacer en el rancho y esto es una pérdida de tiempo.

–No tanto como para no sacar por ahí a una mujer bonita.

Candace se ruborizó y él disfrutó viéndola colorada y sabiendo que tenía el poder como para lograr provocar semejante reacción en ella.

Pero sabía que tenía que tener cuidado para que las hormonas no le volvieran a jugar una mala pasada.

Le había prometido pasarlo bien y él siempre cumplía sus promesas.

–No sé cómo será de donde vienes, pero aquí las mujeres no van agarradas a la manivela de la puerta.

–Donde yo vengo, las mujeres se sientan donde quieren –sonrió ella.

Sin embargo, se movió un poco hacia el centro.

Tanner tragó saliva ante su proximidad e hizo un esfuerzo para no apartar los ojos de la carretera. Tal vez, lo mejor sería dejarla que actuara de manera remilgada y prepotente. Era más seguro.

El problema era que aquella actitud lo excitaba y no respondía de sus manos.

Al llegar al rodeo, aparcó bajo la sombra de un árbol.

Sombra.

–No llevas sombrero –le dijo ayudándola a bajar–. Te vas a quemar esa preciosa naricita.

–No te preocupes. Llevo crema protectora.

–No es suficiente –dijo agarrando un sombrero de paja y poniéndoselo–. Así estás mejor. Ahora sí que pareces de Texas. Bueno, casi… –añadió mirándole las botas.

–Me has traído a ver el rodeo, así que vamos –contestó ella altiva pensando que nadie estaba a la altura para él si no había

nacido y se había criado en Texas.

Tal vez, habría sido mejor quedarse en casa de Darcy trabajando. No estaba muy segura de que aquello de ir a un rodeo le fuera a servir para escribir el artículo. ¿A ella qué le importaba que una panda de imbéciles se quisiera romper el cuello intentando montar a unos animales salvajes?

Ella prefería otro tipo de espectáculos… el teatro, el ballet, donde la gente no vociferaba.

–Aquí estaremos bien –comentó Tanner sentándose en la parte de arriba de las gradas–. Se ve bien y no hay polvo.

Candace se alegró porque era alérgica al polvo.

Y, probablemente, a los animales de allí abajo, también.

–Bien, hemos llegado a tiempo de ver los toros –dijo Tanner acomodándose para disfrutar del espectáculo.

Candace intentó hacer lo propio. Ojalá no destacara tanto entre los que la rodeaban.

Se notaba que era de ciudad.

No sabía si tenía que estar de parte del toro o del vaquero.

Rezó para no ponerse en evidencia.

–¿Tú te dedicabas a esto? –le preguntó decidida a intentar entender aquel mundo de hombres y a aquel hombre en particular.

–Sí. Estuve unos años. No era de los mejores, pero saqué suficiente dinero para comprarme el rancho.

Lo había dicho con orgullo. Candace no pudo por menos que admirar la determinación y la fuerza que hacían falta para hacer algo tan peligroso.

¿No sería más bien temeridad?

–¿Tan importante era el rancho como para jugarte la vida?

–Para mí… sí.

Vio en sus ojos el amor que sentía por la tierra y por sus animales. Era lo que le hacía vivir. Nunca había conocido a un hombre como él. La confundía… y no podía dejar de admirarlo.

–Me alegro de que ya no compitas –le dijo pensando en lo peligroso que era aquello.

Él la miró largamente haciendo que se estremeciera.

–¿Te preocupas por mí, preciosa?

Candace no estaba dispuesta a admitir nada parecido.

–Lo que quería decir es que… debe de ser duro vérselas con uno de esos animales.

–Si no sabes lo que haces, desde luego.

–¿Y tú siempre sabes lo que haces?

–Lo intento.

Tanner no tenía ni idea de lo que estaba haciendo en aquellos momentos. Al mirar los ojos de aquella yanqui, se le había hecho un nudo en el estómago. No había olvidado a la última yanqui que había tenido ese efecto en él.

No podía perder la cabeza.

No era fácil con su suave olor tan cerca. Era demasiado atractiva. Estaría más seguro sobre el toro que sentado junto a ella.

–El jinete tiene que conseguir permanecer ocho segundos sobre el toro –le explicó rezando para distraerse con la conversación.

–Ocho segundos… es poco.

–Es mucho… encima de uno de esos.

Candace observó cómo se abría la puerta y salía un vaquero subido en un toro. El público se volvió loco. Había polvo por todas partes y el vaquero cayó al suelo con fuerza.

–¿Se habrá hecho daño? –preguntó asustada.

–No, solo estará un poco magullado.

Tanner no quería decirle lo que dolía un golpe así. A él todavía le molestaba algún hueso por las noches.

Se imaginó tener cerca a una mujer como Candace para que le quitara el dolor, con sus suaves manos y su ternura.

«Es peligroso pensar en esas cosas», se recordó a sí mismo.

Se concentró en el rodeo. El siguiente participante estaba listo, esperando a que limpiaran la arena. Tanner se encontró metido de lleno en el espectáculo.

Se abrió la puerta y todo el mundo se puso en pie gritando.

Todos excepto…

Tanner miró hacia atrás y vio a Candace agarrada al asiento.

–Verás más si te pones de pie.

–Ya veo suficiente.

¿Con los ojos cerrados?

Tanner decidió que la pobre ya había tenido suficiente rodeo y le tendió la mano.

–Vamos por algo de beber. Estás verde del susto.

Y el verde no iba bien con sus botas.

El trayecto de vuelta fue vergonzoso… y silencioso. Candace hubiera preferido que le dijera que era una niñata de ciudad y que, por culpa suya, se había perdido el rodeo.

–Dilo –dijo dando un trago al refresco que le había comprado al

salir–. Soy una mojigata, una debilucha de ciudad.

–Ya te lo has dicho tú todo –sonrió él.

Ella frunció el ceño y miró al frente. Estaba claro que nunca, por mucho que se lo propusiera, encajaría en el mundo de Tanner.

Cuanto antes terminara el artículo y volviera a Connecticut, mejor.

Tanner frenó y entró en un lugar muy concurrido bajo un cartel que proclamaba que allí se vendían las mejores costillas del estado.

–Me apetece comer algo –dijo aparcando–. Sigues algo pálida. Te sentará bien.

Le sentaría mucho mejor estar sentada en un vuelo hacia la costa este. No, ella nunca tiraba la toalla. Iba a terminar aquel artículo como fuera… a pesar de Tanner Carson.

–Me parece bien –contestó bajándose antes de que él pudiera ayudarla.

Los hombres de Texas, desde luego, eran caballerosos incluso con una mujer tan independiente como ella, que no necesitaba su ayuda para nada.

Por otra parte, tenía que admitir que, de vez en cuando, le gustaba que la trataran como a una señora.

Y Tanner la hacía sentirse así aunque pensara de ella que era una pobre palurda de ciudad.

Willie's era un sitio pequeño y atestado de gente.

Al entrar, Candace se encontró con una nube de sombreros de vaquero y el olor a carne en la barbacoa. Si sabían como olían, desde luego, iba a ser cierto lo que ponía en el cartel.

Tanner saludó a unas cuantas personas sin quitarle la mano de la cadera, como si quisiera que todo el mundo allí supiera que estaba con él, un hombre que podía tener a la mujer que quisiera.

Candace habría mentido si hubiera dicho que aquello no subió su ego femenino.

Se preguntó cómo se sentiría si de verdad estuviera con él.

¿Pero qué le estaba sucediendo? Unos cuantos días en Texas y ya estaba olvidando que ella no pertenecía a ningún hombre. Ella era ella.

Un buen tema para otro artículo: ¿Puede una mujer pertenecer a un hombre y seguir siendo independiente?

No era algo que estuviera bien visto en aquellos días de feminismo.

Tanner la condujo al fondo, a una especie de reservado para los que querían estar solos.

O estaban enamorados.

Candace se sentó en el banco de madera. La música country estaba a todo volumen.

–¿Conoces a todo el mundo?

–A algunos. No mucho… de hablar de vez en cuando.

Sospechó que Tanner era un solitario al que no le gustaba compartir con los demás sus intimidades.

Candace lo entendía muy bien.

Era más seguro no darse a los demás, así no se sufría ni se era traicionado. Una pequeña parte de ella anhelaba tener una relación, pero le bastaba pensar en Steven para recordar que no debía hacerlo.

Tanner pidió a la camarera y le dijo algo que la pilló por sorpresa.

–Háblame de ti.

Candace no sabía a qué se refería. No quería contarle nada y, menos, personal.

–¿Cómo qué…?

–¿Cuánto hace que eres amiga de Darcy?

Ella creía que Darce le habría contado eso, pero se dio cuenta de que no sabía hasta qué punto eran amigos. Tal vez, solo tenían una relación profesional.

–Desde la universidad. Es sorprendente porque queríamos hacer cosas muy diferentes en la vida. Darcy quería trabajar con animales y yo…

–¿Y tú qué querías hacer?

Candace contó los agujeritos del salero.

–Quería trabajar en una revista y… conseguir labrarme un futuro como periodista.

–¿Y lo has conseguido?

–Sí.

Rezó para que no le pidiera detalles. No quería hablar del artículo.

En ese momento, llegó la camarera y la salvó porque estaba claro que Tanner tenía varias preguntas en la recámara.

–Estoy muerta de hambre –murmuró– y esto huele que alimenta.

Tanner sonrió.

–Si hay algo que los texanos hacemos bien es la barbacoa.

Candace se imaginó que él hacía bien otras muchas cosas. De solo pensarlo, se ruborizó.

Se puso la servilleta en las rodillas y contempló la fuente de costillas preguntándose cómo atacarlas. Miró a Tanner y comprendió que allí se comía con las manos.

–No tengas piedad, preciosa. La vaca ya está muerta. ¿O es que lo de meter los dedos no te va?

Sonrió encantado del espectáculo que iba a ser verla comer sin cubiertos por primera vez. Candace no estaba dispuesta a darle el gusto.

Agarró una costilla y se la comió como si comiera aquello todos los días.

Él la observaba mientras comía esperando que saltara con alguna tontería de niña de ciudad en cualquier momento.

–Mmm. Qué buenas están.

Candace no sabía que algo tan difícil de comer estuviera tan dulce y sabroso. Era un manjar.

Al ir a tomar otra, él le tocó la comisura de los labios.

–Tienes salsa. Cuidado no te vayas a manchar.

Aquel contacto significó otra descarga eléctrica que Candace intentó ignorar.

–Ahora tienes mejor color, bonita. La comida te está sentando bien.

Candace pensó que no era por la comida sino por el roce de sus dedos.

–Siento mucho que te hayas perdido el rodeo.

A Tanner no le había importado en absoluto. Prefería estar allí sentado con ella viéndola pasarse la lengua por los labios para limpiarse la salsa.

–No me he perdido nada, preciosa.

Podría estar toda la vida viéndola comer. Seguro que algún día sería una gran experta comiendo costillas.

Candace se chupó los dedos y Tanner sintió un intenso calor en la entrepierna.

Deseó poder inclinarse sobre aquella mesa y besar aquellos labios que debían de saber a salsa barbacoa.

–¿Seguro que no te has perdido nada por culpa mía? –insistió ella.

Solo el beso.

–¿En el rodeo? No… hemos ido por ti, preciosa.

–Y te he defraudado.

–De eso nada. Come.

–Estoy un poco llena.

–¿Nos las llevamos a casa en una bolsa?

–Sí.

La camarera les cobró y les preparó la bolsa. Tanner pagó y salieron del local.

Había anochecido. Su día juntos estaba tocando a su fin y Tanner no quería que sucediera. Antes de llegar a la furgoneta, la agarró del brazo, se echó hacia atrás el sombrero y la besó.

Efectivamente, sabía a salsa barbacoa y a algo más, algo delicioso, a ella misma. Candace le pasó los brazos por el cuello y lo besó también, indecisa al principio y más libremente después.

Tanner sintió sus pechos en el torso, su cuerpo suave que se acoplaba perfectamente al suyo. Su lengua pidió paso y sus labios se lo concedieron. La gloria del momento, de ella, lo arrebató.

Antes de lo que él hubiera deseado, ella se apartó. Había interrumpido el beso, pero no el deseo que sentía por ella. Eso iba a costarle unas tres duchas frías o así.

–Preciosa… desde luego, sabes cómo rendir a un hombre a tus pies.

Capítulo 5

CANDACE se pasó varios días intentando olvidar aquel beso con Tanner, aquel beso que había hecho que la tierra temblara, aquel beso salvaje y erótico.

No había podido quitárselo de la cabeza desde el rodeo.

Se había encerrado en el despacho de Darcy con el ordenador portátil y el montón de notas que había ido recopilando en semana y media decidida a no salir hasta tener, por lo menos, un borrador del artículo.

Sin embargo, no podía quitarse a Tanner de la cabeza. Le parecía sentirlo en su boca todavía.

Tenía que dejar de pensar en él y lo mejor era trabajar.

Se puso las gafas, agarró las notas y se puso manos a la obra.

¿Qué tenía hasta el momento?

Positivo: El vaquero de Texas era duro, viril y amante de la tierra. Hombre de hombros anchos que se cargaba el mundo a las espaldas, pero tierno a la vez como para alimentar a un potro… o hacerse cargo de un niño.

Volvió a pensar en Tanner y sintió una punzada en el corazón al imaginárselo en ese papel protector.

¿Cómo sería con un hijo?

¿O con la mujer a la que amara?

Decidió leer los aspectos negativos.

A ver si, así, Tanner desaparecía de sus pensamientos.

Negativo:… pasó hojas y hojas hasta encontrar algo.

Ah, sí… El hombre texano sigue anclado en la Prehistoria.

O antes.

Desde luego, no eran feministas.

Para ellos, las mujeres eran el sexo débil y, por eso, necesitaban que ellos las dirigieran e iluminaran. Tienen un ego tan grande como el estado en el que nacieron. Eran duros, primitivos, indomables, que seguramente esparcían su semilla por todas partes. Hombres peligrosos capaces de robarle el corazón a una mujer en un abrir y cerrar de ojos.

Candace gimió.

Tanner volvió a abrirse paso en su cabeza.

Tenía que apartar su imagen de la del vaquero o se iba a meter en un laberinto del que no iba a poder salir.

Dejó el bolígrafo sobre la mesa y se paseó por la habitación temiendo haber perdido no solo la batalla sino la guerra.

Tanner la estaba confundiendo.

Quizás, tendría que haber escrito sobre la reproducción de los berberechos, asunto más aburrido, pero también menos arriesgado.

Sonó el teléfono. Su amiga había salido a hacer una visita e iba a estar fuera como una hora, así que contestó.

–Clínica Veterinaria Garrett. ¿En qué puedo ayudarlo?

–¿Candy, eres tú? –dijo la voz de Tanner al otro lado de la línea.

Iba a decirle que no la llamara Candy cuando se dio cuenta de que había preocupación en su tono.

No la había llamado a ella.

–Sí… soy Candace. Darce no está, Tanner. ¿Te puedo ayudar yo?

–¿Tú? Me temo que no. Necesito a Darcy. Una de mis yeguas está pariendo y lo está pasando mal.

–Oh, Tanner –dijo Candace tragando saliva–. Voy a intentar localizarla, pero ha tenido que salir por una urgencia en Lampassas.

–Estupendo –gruñó él. Candace se dio cuenta de lo preocupado que estaba por su yegua–. Dile que venga cuanto antes.

–Lo haré.

Nada más colgar, llamó al busca de Darcy y le dejó un mensaje. Se pasó la mano por el pelo. No creía que Darcy fuera a llegar a tiempo, pero… podía ir ella.

¿Para qué? Tanner había dejado muy claro que su ayuda le parecía inútil.

Aun así, decidió ir. Se miró en el espejo para ver si tenía bien el pelo y se dijo que daba igual su aspecto. Tanner estaba demasiado preocupado por el animal como para fijarse en ella. Como si se lo hubiera teñido de violeta.

Se subió en el coche a toda velocidad y salió disparada por la carretera, dejando una estela de polvo tras de sí. Si había algo que había aprendido allí era que los vecinos se ayudaban, así que le había llegado el turno de demostrar que era una buena vecina.

Aunque no fuera oficialmente vecina de Tanner.

Estaba tan preocupado. ¿Cómo lo iba a dejar solo en un momento así?

Por lo menos, lo podría apoyar moralmente.

Cuando llegó al rancho estaba casi anocheciendo. Aparcó al lado de la camioneta de Tanner y salió del coche.

Se dirigió a las cuadras un poco asustada. Los caballos le daban

miedo. En su afán por ayudar a aquel hombre que hacía que se le saliera el corazón del pecho, lo había olvidado.

Tal vez, no había sido buena idea.

Sería mejor que se fuera y dejara que Darcy hiciera su trabajo.

Sí, eso iba a hacer.

Irse.

Se dio la vuelta hacia el coche, pero, en ese momento, oyó un relincho brutal. Era un lamento y supo que había sido la yegua que estaba de parto.

Aquello hizo que quisiera irse de allí a toda prisa, pero algo dentro de ella la hizo desestimar el plan de huida.

Tanner la necesitaba.

Se irguió y fue hacia las cuadras.

Tanner oyó pisadas.

Menos mal, Darcy estaba allí.

–Necesito que me ayudes –gritó sin quitarle la vista de encima a la yegua–. Lo está pasando mal –añadió agarrando una pata del potrillo para intentar sacarlo–. Si no sale ya, podrían morir los dos.

Oyó un grito ahogado a sus espaldas y, exasperado, se dio cuenta de que una veterinaria con experiencia no haría eso.

Era un gritito de una yanqui muy deseable y completamente inútil.

–Maldita sea –dijo–. Candy… espero que hayas venido con Darcy.

Candace tragó saliva presa del pánico.

–No, no está conmigo, pero he venido yo –contestó oyéndolo mascullar algo entre dientes que prefirió no analizar. Tendría que haberlo dejado allí plantado, pero no se sintió capaz–. ¿Te puedo ayudar en algo?

Tanner no contestó.

Quizás, no la hubiera oído.

Los demás caballos estaban armando una buena, relinchando y dando con los pies… eh, pezuñas en el suelo.

–¿Tanner? –insistió.

Le oyó decir algo sobre las niñatas yanquis de ciudad, pero siguió en sus trece.

Al final, contestó.

–Bien… si quieres ayudar, llévate a los otros caballos a la parte de atrás. La yegua los está poniendo nerviosos.

¿Nerviosos? Lo que tenían era un enfado de mil demonios.

–¿Está naciendo el cachorro?

–¿Cachorro?

–Bueno… el caballito.

–Potro, se llama potro. No, no está naciendo. Ese es, precisamente, el problema –contestó él maldiciendo de nuevo–. Está siendo un parto difícil. Llévate a esos caballos.

Tanner no sabía si Candace estaba haciendo lo que le había dicho o no. Estaba demasiado ocupado con la yegua. El animal estaba recostado sobre la paja limpia que le había puesto. No disponían de mucho tiempo.

Acarició a la yegua para que se calmara. Calmarse era lo que él necesitaba. Ojalá estuviera allí Darcy.

–Vamos, venga, caballitos, vamos.

–¿Qué demonios…?

Vio a los caballos quietos, cada uno en su cuadra, y a Candace detrás murmurándoles y haciéndoles gestos con las manos.

–A ver, bonita. Ya me encargo yo de los caballos. Tú ve dentro y hierve agua.

No necesitaba agua caliente para nada, pero así se la quitaría de encima un rato.

–Bien… agua caliente –dijo ella saliendo de las cuadras en dirección a la casa.

Tanner sintió un poco de culpa, pero era mejor para ella así.

Y para él.

Se tomó un segundo para admirar su trasero y acto seguido les dio un buen manotazo a los caballos en la grupa para que se movieran.

Eso sí que lo entendían y no su «vamos, caballitos».

Candace no se quería perder el nacimiento y, mientras esperaba impaciente a que hirviera el agua, temió que iba a ser así.

Tanner había estado un tanto grosero. Más bien, de lo más desagradable. Ella quería ayudar, pero los caballos no la obedecían.

Ella lo había intentado como mejor había sabido… aquel hombre era un desagradecido.

Para él, no era más que una niñata yanqui de ciudad y nada de lo que hiciera lo iba a hacer cambiar de opinión.

Por fin, el agua hirvió. Candace la echó en una jarra, apagó el fuego y salió. Por lo menos, sabía hervir agua, algo que, sin duda, sorprendería al hombre de la cuadra.

Se apresuró a ir hacia allá. No esperaba ningún tipo de gratitud

por su parte. Parecía no necesitar a nadie, tenerlo todo bajo control.

Al llegar, vio que era cierto. Tanner estaba sacando al potro con facilidad aunque Candace supuso que el parto había sido todo menos fácil.

–Oh, Tanner.

Aquel hombre podía ser duro y tierno a la vez. Cuando lo vio sonreír al potrillo, sintió un nudo de emoción en la garganta.

Dejó el agua a un lado y se acercó a Tanner para observar cómo la feliz madre ayudaba a su potro a ponerse en pie.

¿Qué mujer podría resistirse viendo aquella ternura en los ojos del vaquero?

¿Formaría aquello parte del mito?

El vaquero duro y tierno que se ganaba el aprecio de la mujer porque sabía hacer de todo… y conseguía que se muriera por sus huesos.

Tanner sonrió al ver la cara de fascinación de Candace. Las mujeres adoraban los bebés… incluso los de la especia equina.

Estaba contento de compartir aquel momento con ella. Había estado a punto de perder a la yegua y a su cría y quería disfrutar de su victoria sobre la Naturaleza. Era parte de la vida en un rancho.

–¿Quieres ponerle tú el nombre ya que has ayudado, eh, trayendo agua?

–Vaya, el agua… Siento no haber llegado a tiempo.

–Al final, no la he necesitado –contestó disimulando una sonrisa–, pero gracias de todas formas. Venga, ¿qué nombre te gusta?

–¿De verdad? ¿Se lo puedo poner yo?

Al verla sonreír, sintió una gran punzada de deseo. «Tranquilo, vaquero. Esta mujer podría dejarte KO».

La observó mientras pensaba con la esperanza de que no se le ocurriera nada… yanqui.

–Tempestuoso –dijo– porque llegó al mundo de manera difícil.

–Tempestuoso –repitió Tanner–. Me gusta.

Candace sonrió y él supo que jamás olvidaría aquella sonrisa.

–Bueno, parece que ya tenéis todo controlado.

Era Darcy.

–He venido en cuanto he podido, Tanner –añadió acercándose y sonriendo a su amiga–, pero ya veo que has tenido la mejor de las ayudas.

–Eh, que la señorita se ha ganado las espuelas hoy –la defendió.

No era una experta, obviamente, pero le había echado valor y ganas.

Y se lo agradecía.

–Me alegro. Tal vez, consigamos hacer una texana de ella –dijo Darcy mirando a su amiga con otros ojos.

–No creo –dijo Candace ruborizándose.

Candace sabía que nunca sería como los de allí… no para Tanner. Aun así, lo que había dicho de ella la había llenado de orgullo.

Mientras Darcy examinaba a la yegua y conversaba con Tanner, Candace los observó.

Había visto lo tierno que podía llegar a ser aquel hombre con sus animales y quería experimentar aquella ternura en sus propias carnes, sentir sus brazos envolviéndola y aquellos ojos azules oscuro mirándola con deseo.

«Cuidado, guapa, que al final te vas a enamorar de él», pensó sabiendo que no era una buena idea.

En ese momento, sonó el busca de Darcy y la sacó de sus pensamientos.

–¿Otra emergencia?

–Me temo que sí. Tanner, lo siento, pero me voy a tener que ir. Me necesitan en casa de Jim Monroe.

–Candace y yo nos ocuparemos –contestó él–. Gracias por venir.

–La yegua y el potro están bien. Has hecho un gran trabajo. Era un parto difícil.

–Gracias.

Candace se ofreció a preparar algo para cenar. Había oscurecido y habría apostado cualquier cosa a que Tanner no estaba pensando precisamente en comida.

–Estupendo –sonrió él–. Termino aquí y voy a echarte una mano.

–No te preocupes. Sé preparar cosas de zampar.

–¿Cómo?

–Ya sabes, algo de comer.

–Sé lo que significa zampar, pero no creía que las niñas de ciudad hablarais así.

–Eh, que las yanquis también sabemos hacer cosas.

Tanner sonrió.

–Espero que me las enseñes todas.

Candace tragó saliva.

–Me voy a hacer la cena –dijo saliendo disparada sin darle

oportunidad de decir nada más.

Tanner terminó en las cuadras y se dio cuenta del hambre que tenía… no solo de comida.

Quería volver a probar aquellos besos de Candace y fue hacia la casa con la esperanza de poder robar un par más.

Antes de llegar olió a quemado y vio la ventana de la cocina abierta y una manita moviéndose intentando disipar el humo.

¿Sería aquella una de las cosas que las yanquis sabían hacer?

Entró a toda velocidad por la puerta de atrás y la estridencia de la alarma de incendios le dio la bienvenida.

–Se me ha quemado el pan, pero voy a hacer más –dijo Candace abriendo la puerta del horno y yendo a agarrar la bandeja sin manopla.

Tanner se apresuró a impedírselo tomándola de la mano.

–Por si no te has dado cuenta, el horno está caliente –le dijo plantándole un beso en cada palma. Agarró los guantes y rescató lo que quedaba del pan.

Candace observó impotente cómo Tanner dejaba la bandeja en el fregadero para que se enfriara.

–Sé hacer pan.

–No te lo niego.

–Es que quería que todo estuviera bien.

–Olvídate del pan. Seguro que el resto está estupendo.

–Huevos… Dios mío, Tanner, me había olvidado –dijo yendo hacia la sartén que estaba en el fuego.

Tanner olió los huevos quemados y supuso que estarían muy hechos.

–No están demasiado mal –dijo Candace poniéndolos en un plato y quitándoles los bordes churruscados.

–Seguro que están buenos –contestó él sinceramente. No tenían mala pinta.

Además, se había esforzado. Había puesto una mesa muy bonita… como si fueran a cenar con la reina.

Obviamente, había estado rebuscando por los armarios hasta encontrar platos iguales sin descascarillar y tazas sin restos de café. ¿Esa cubertería era suya?

La debía de haber limpiado porque estaba brillante.

Había encontrado servilletas de tela.

De tela.

Él siempre las ponía de papel.

–La mesa… está preciosa –sonrió Tanner.

Candace se puso a llorar.

–Venga, vamos –le dijo. No le gustaba que las mujeres lloraran porque no sabía qué hacer con ellas.

La abrazó, pero aquello no debía de ser lo correcto porque no hizo sino hacerla llorar más.

Definitivamente, no entendía a las mujeres.

Había intentado sacar a los caballos de las cuadras a pesar de tenerles pavor, había ayudado en el parto sin pensar en su manicura, había quemado la cena y no había llorado por ello, pero, al decirle que la mesa estaba preciosa, aquello había sido como las Cataratas del Niágara.

–Venga, no llores –le dijo besándole los párpados. Estaba salada a pesar de lo dulce que era. Nunca había deseado a una mujer como la deseaba a ella.

Capítulo 6

CANDACE se hundió en el beso de Tanner. Sentía el corazón a mil por hora y su cerebro se debía de haber ido de vacaciones. Cómo le gustaba su boca, que la besaba con pasión, sin frenos ni titubeos.

Se olvidó de la cena quemada, que se había esmerado tanto en hacer para demostrarle que no era ninguna patosa, que no se le daban bien los caballos, pero que se las apañaba en la cocina.

Pero todo le había salido mal.

Y él la había besado.

La estaba besando.

Y no quería que parara.

Sus fuertes brazos la tenían apretada contra su pecho haciéndola sentirse incapaz de soltarse.

Y deseada.

Sus lenguas jugueteaban con suavidad. Tanner gimió de placer y ella lo entendió perfectamente porque ella también se estaba derritiendo.

En lo más profundo de su mente, le pareció recordar algo sobre cierto artículo que tenía que escribir, pero Tanner estaba consiguiendo que se le olvidara por completo.

Aquello no era buena señal.

Al final, consiguió despegarse de él.

–Eh… no sé si esto es buena idea, Tanner.

–No, no lo es –contestó él perfilándole el contorno de los labios con la lengua dispuesto a besarla de nuevo.

–Sería mejor que nos comiéramos…

–Es exactamente lo que tenía en mente.

–… la cena.

–Sí –dijo él con evidente fastidio–. Los huevos churruscaditos.

–Voy a hacer tostadas de acompañamiento… no se me van a quemar, descuida.

Tanner la soltó a su pesar. Era una mujer tan maravillosa que le seguía dando vueltas la cabeza. Otras partes de su anatomía iban a

tardar también en recuperar la normalidad. No último que le apetecía era comer.

Lo que quería era comerse a Candace aunque sabía que no era una idea inteligente.

No necesitaba liarse con una mujer que le podía hacer perder la cabeza en un abrir y cerrar de ojos.

Tenía un rancho del que ocuparse, que era como una mujer que reclamara todo su tiempo.

Se alejó de Candace y se metió las manos en los bolsillos para intentar no volverla a tocar.

–Bien… tú te ocupas de las tostadas y yo sirvo los huevos.

Fue hacia la nevera para sacar una cerveza, pero se lo pensó mejor viendo la exquisita mesa y decidió que abriría una buena botella de vino.

Lo que no sabía muy bien era dónde estaban las copas.

–¿Por qué odias que te llamen Candy?

Candace bebió un poco de vino blanco. Al final, no habían cenado tan mal. Los huevos no sabían a carbón y, al terminar, habían fregado los platos sin tocarse.

De hecho, tenía la impresión de que él había hecho grandes esfuerzos para no tocarla. Probablemente, fuera mejor así. Tenerlo cerca en aquella cocina tan pequeña había sido suficiente tortura.

No había olvidado aquel beso que la había desmadejado.

Estaban en el salón y Candace se había sentado en el sofá algo alejada de él.

–Porque parece que soy de caramelo, dulce y blando.

–¿Cómo el algodón de azúcar?

–O como si tuviera chocolate por dentro.

Tanner no sabía si tendría chocolate por dentro, besaba con tanta dulzura que parecían besos de miel.

Quería más, pero temía no tener nunca suficiente.

–Puede que sea cierto que eres así.

Al ver su expresión, supo que no iba por buen camino. Aunque le gustaba su dulzura, también le gustaban las mujeres con carácter y aquella sentada en su sofá como una marquesa podía ser un buen adversario.

–Cuéntame qué vida llevas en Connecticut.

–¿Qué quieres saber? –preguntó ella dando otro traguito al vino.

–¿Tienes a alguien esperándote? ¿Alguien… especial?

Tanner se odiaba a sí mismo por querer saberlo, no le gustaba nada sentir curiosidad porque lo hacía vulnerable.

–Si quieres saber si hay algún hombre en mi vida, la respuesta es no.

Tanner soltó el aire que había estado aguantando. No debería importarle que hubiera uno, dos, tres o diez hombres detrás de ella, pero sí le importaba.

–Bien –dijo con sinceridad.

Ella estaba bien allí, en su sofá, cenando con él, en su cocina. Incluso en las cuadras.

Paró a tiempo. Se la estaba imaginando en su enorme cama, dormida y saciada de amor.

Era de esas mujeres con las que los hombres podían tener fantasías perfectamente. Él las tenía. No, no podría vivir en el Espuela de Plata. Había aprendido la lección con Marlene. Candace era igual, una niña mimada que querría escapar en cuanto hubiera que trabajar un poco.

Por otra parte, lo había ayudado. ¿Se estaría engañando a sí mismo queriendo pensar que era diferente?

No quería cometer los mismos errores que había cometido en el pasado.

–¿Y tú? No me irás a decir que no hay nadie femenino en tu vida.

Tanner sonrió. Le gustaba que ella también sintiera curiosidad.

–La última vez que las conté, eran treinta y ocho. Todas de raza, claro.

Candace lo miró con los ojos muy abiertos hasta que se dio cuenta de lo que le estaba diciendo.

–No me refería al ganado.

–Pues es lo único femenino que hay por aquí.

Candace lo miró largo y tendido como decidiendo si lo creía o no. Luego, bajó la mirada y se puso a juguetear con un hilito de la blusa.

–¿Y las mujeres con las que estabas hablando en la barbacoa de Darcy?

–Amigas.

–¿Amigas?

Tanner asintió.

–El rancho no me deja mucho tiempo. No el suficiente para tener un romance como quieren las mujeres.

–¿Y cómo crees tú que quieren las mujeres que sean las

relaciones?

Tanner pensó en Marlene. Aunque le hubiera regalado la luna, no habría sido feliz. Tal vez, si hubiera vendido el rancho, su sueño, y se hubiera ido al este a trabajar con su padre como ella quería…

Desde luego, no necesitaba a una mujer así.

No podía permitir que lo embucharan en un traje, le pusieran una corbata al cuello y lo tuvieran trabajando en una oficina como una lata de sardinas.

Necesitaba espacio, tierra, caballos, ganado, lo que realmente importaba, la libertad sin la que no podría vivir.

–Quieren corazones, flores, champán y ciudad. Algunas incluso quieren convertirte en lo que no eres.

Sus ojos verdes lo estudiaron haciendo que se acalorara.

–Suena como que alguna se ha equivocado contigo.

–Puede –contestó él sin bajar la mirada.

–Para tu información, no todas las mujeres somos así –dijo tomando un poco más de vino y quitándose con la lengua una gota que se le había quedado en el labio inferior.

Tanner sintió que se le disparaba el corazón y se le tensaba el cuerpo.

–¿Qué esperas tú de un hombre? –preguntó dispuesto a darle lo que pidiera.

–Sinceridad –contestó ella bajando los ojos.

Tanner vio claro que a ella también la habían hecho sufrir. Tal vez, por eso había visto duda y dolor en sus ojos.

–Eso no es mucho pedir.

–Para la mayoría de los hombres, lo es.

–No generalices, Candy.

Cierto. Tal vez, generalizaba demasiado. De hecho, había ido a Texas en busca de una gran generalización: resumir cómo eran los vaqueros, analizar su sex-appeal… o su falta de sex-appeal.

Tanner, desde luego, pertenecía al primer grupo.

Era parte del problema.

De hecho, tenía tanto que le estaba dejando el proyecto hecho un queso de gruyere. Era el hombre más sexy que había visto jamás.

Candace se levantó y se paseó por el salón, sintiendo la necesidad de poner tierra de por medio.

–¿Quieres que hablemos de ello, Candy?

–¿De qué?

–Del hombre que te hizo sufrir por no ser sincero.

Candace suspiró aliviada. No estaba hablando del artículo sino de Steven. Su proyecto secreto seguía a salvo.

Podía decidir no escribirlo.

Se volvió a sentar, tomó un poco más de vino y lo miró. Vio deseo en sus ojos. ¿Por qué era tan rematadamente guapo?

Tan sensual… tan deseable.

¿Se le estaba subiendo el vino a la cabeza?

No, sabía muy bien que Tanner era el hombre más sensual del mundo.

–Tal vez, no tendría que haber dicho «la mayoría de los hombres» sino «algunos».

–Uno. ¿Qué te hizo?

–Me dejó. Una semana antes de que nos casáramos, canceló la boda –contestó–. Luego, me enteré de que había estado viendo a una alumna suya de la universidad. Me sentí…

–¿Traicionada?

–Me mintió. No tengo una buena imagen de los hombres.

Vio que Tanner entendía su dolor y tuvo que controlarse para no correr a refugiarse en sus brazos y besarlo sin parar.

–Ese tipo cometió la estupidez de su vida dejándote –dijo él con suavidad dándole un casto beso en la punta de la nariz.

Le costó mucho hacerlo porque tenía la libido por las nubes. Se moría por hacerla suya, pero eso lo habría dejado a la misma altura que el tipo del que le estaba hablando.

Al verla sonreír, estuvo a punto de flaquear. Se terminó el vino y dejó la copa en la mesa.

Candace hizo lo mismo y miró el reloj.

–Es tarde –dijo–. Me tengo que ir. No conozco bien las carreteras y es de noche.

Sí, era tarde.

Hacía horas que había anochecido.

El tiempo había pasado volando.

–Exacto, así que yo te llevo.

–No, no hace falta. No te preocupes –dijo levantándose para irse.

–Si no quieres que te lleve, te quedas aquí a dormir y te vas mañana por la mañana.

Ella lo miró con recelo como sopesando si debía quedarse un momento más.

–Te prometo que no te tocaré. Palabra de vaquero –dijo sinceramente–. Darcy tenía la urgencia en Kerrville, así que va a tardar horas en volver.

Aquello pareció convencerla.

Candace suspiró.

–Yo dormiré en el sofá y tú, en la cama –le ofreció él.

–No –dijo ella negando con la cabeza–. Si me quedo, yo dormiré en el sofá.

Estaba visto que seguía habiendo hombres caballerosos, pero Candace hubiera preferido que no fuera así. Tanner había insistido en cederle su cama y lo único que había conseguido era no poder pegar ojo.

No podía parar de pensar en Tanner desnudo entre aquellas sábanas. ¿Cómo le podía estar pasando aquello a ella, una mujer que no tenía fantasías porque las veía como una pérdida de tiempo?

Era una cama enorme y el olor de Tanner impregnaba la habitación como un fantasma que la persiguiera.

Se lo imaginó con la cabeza apoyada en la almohada, sin afeitar y profundamente dormido.

Desde luego, para lo que estaba durmiendo, ya podían haber compartido la cama.

Decidió irse en cuanto amaneciera porque no se fiaba de sí misma. No sabía si iba a poder aguantar las ganas de acariciarle la mejilla y los rizos de la nuca, de saborear su boca y dar rienda suelta al deseo que había visto en sus ojos.

Tanner había cumplido su palabra. No la había tocado, pero no podía parar de imaginarse sus brazos y sus besos en mitad de la noche despertándola para hacerle el amor, sus caricias, su lengua incendiándole el cuerpo.

Más fantasías. Aquello era una locura. Debía de estar loca. Sí, era eso… desde lo de Steven había estado trabajando en exceso y le estaba pasando factura.

Tal vez, debería de haber ido a Texas de vacaciones y no por motivos de trabajo. Aquel artículo estaba resultando el más difícil de su carrera. Si hubiera ido de vacaciones, tal vez, Tanner no le habría gustado tanto.

Cuando, por fin, amaneció Candace se levantó, se quitó la camiseta que Tanner le había prestado para dormir, que estaba impregnada de su olor, y se puso su ropa.

No se oía ni un ruido, así que abrió la puerta de la habitación con mucho cuidado.

Tanner seguía dormido en el sofá. No se podía ni imaginar que

ver a un hombre desnudo durmiendo fuera tan sensual.
Erótico.
Se le aceleró el corazón al observarlo medio tapado de cintura para abajo con una sábana.
Intentó ignorar las fantasías que volvían a agolparse en su imaginación y controlar las hormonas mientras avanzaba por la habitación.
Tanner seguía dormido.
Y su fantasía seguía avanzando.
Agarró el bolso de la mesa y se dirigió a la puerta trasera. Lo miró por última vez y salió.
Oyó relinchar a un caballo en las cuadras, pero no se oía nada más. Se metió en el coche y se acordó del potro.
¿Cómo se iba a ir sin mirar a ver qué tal estaba?
La puerta de las cuadras rechinó al entrar. Oyó movimientos sobre la paja y un par de relinchos.
Los caballos se debían de creer que era la hora del desayuno.
¿Los caballos desayunaban?
Dejó la puerta de las cuadras abierta porque dentro no se veía muy bien. Quería saber si el potro había pasado la noche perfectamente.
Así ya tenía algo más en lo que pensar que no fuera Tanner. No se lo había podido quitar de la cabeza desde que había llegado.
Tal vez, lo mejor fuera volver a Connecticut antes de volverse loca.
Bueno, eso era lo que iba a hacer, ¿no?
Había ido solo a escribir un artículo.
Un artículo que no iba por buen camino.
Todo por culpa de Tanner.
Suspiró y fue hacia la yegua y el potro, que la esperaban con las orejas levantadas. Entonces, deseó tener una manzana o una zanahoria para ofrecerles, en lugar de solo su presencia.
La yegua relinchó suavemente y el potro se acercó a ella llevado por la curiosidad.
Candace le acarició el hocico.
–¿Qué tal estás, pequeño?
El animal le lamió la mano y Candace se rio.
–Ya no te dan tanto miedo, ¿eh?
Al oír aquella voz, Candace se dio la vuelta.
Tanner estaba a contraluz.
Menos mal que estaba vestido… botas, vaqueros y camiseta.
Lo vio sonreír con dulzura y tuvo que tragar saliva. ¿Por qué

tenía que estar tan impresionante a primera hora del día?

–Quería ver qué tal estaba el potro antes de irme.

–Sabía que no te ibas a quedar a dar de comer al ganado, pero me duele que no te quedes a desayunar –dijo el anclando los pulgares en los bolsillos.

–¿A desayunar?

–Sí… tortitas. Son mi especialidad y es lo mínimo que puedo hacer. Ayer preparaste tú la cena.

¿Más hospitalidad de Texas? No creía que fuera a sobrevivir a aquello.

–Tengo que pasarme por casa porque ayer le dejé a Darcy un mensaje diciendo que iría hoy por la mañana –contestó Candace sabiendo que, en cuanto llegara, su amiga la iba a someter al tercer grado–. Además, seguro que tienes mil cosas que hacer.

Así era, pero no quería que se fuera. No sabía muy bien cómo ni por qué, pero aquella urbanita le estaba gustando y él se estaba dejando.

Estaba tan guapa a la luz de la mañana, con las mejillas sonrosadas.

Tenía el pelo revuelto y él deseó haber sido el culpable y no la almohada.

Sus labios, dulces y apetecibles. No podía dejar de mirarlos.

Debería dejar que se fuera porque, de lo contrario, iba a cometer una locura, como tirarla sobre la paja.

–Bien –gruñó–. Vas y vuelves.

–Te lo prometo –dijo ella acariciando al potro de nuevo a modo de despedida.

Tanner le abrió la puerta del coche una vez fuera.

–Candace, gracias por todo. Por venir, por darme apoyo moral, por la cena…

–No sé si te ayudé mucho… –contestó ella negando con la cabeza.

Al sonreír, Tanner sintió enormes deseos de besarla en la comisura de los labios.

–Te lo digo de verdad –contestó cerrando la puerta.

Tras decirle que tuviera cuidado, la vio alejarse por el camino sin asfaltar que iba hacia la autopista.

Rezó, sin muchas esperanzas, para tener suficiente trabajo como para no pensar en ella.

Trabajo tenía, sí, pero ¿no pensar en Candace?

No era probable.

–No te creas que te vas a ir de rositas, Candace Porter –gritó Darcy desde la clínica cuando su amiga intentó pasar desapercibida.

Darcy estaba dando de comer a un cordero al que su madre había repudiado.

–Eh… creía que estabas ocupada –contestó Candace parándose en la puerta de la clínica–. Hola, ya he llegado.

–Estoy ocupada, pero no tanto como para no tener tiempo de que me cuentes qué tal con Tanner anoche –dijo su amiga cuando Candace se sentó en una silla dándose cuenta de que no iba a poder zafarse de dar una explicación.

–Bueno, siento decepcionarte, pero no pasó nada.

–Sí, claro, y yo me lo creo–dijo Darce.

Candace se puso en pie y se paseó por la habitación.

–Así como te lo digo –dijo haciéndole un resumen de lo ocurrido.

Darcy no se sorprendió del desastre en la cocina, se alegró de que no volviera a casa sola tan tarde y quiso saber todo lo que había pasado en medio.

–Ya está. No pasó nada –contestó Candace.

No quería decirle que Tanner la había besado porque sabía que, entonces, el interrogatorio sería interminable.

–¿Te has acostado con él?

–No –contestó Candace ruborizándose.

Cuando compartían habitación en la universidad, nunca le había pasado. Tal vez, porque Tanner era mucho más importante que los chicos de entonces. Ni siquiera Steven le había llegado tan dentro y le había hecho sentir como Tanner.

Eso tampoco quería confesárselo a Darcy.

–Me dejó elegir el nombre para el potro. Le he puesto Tempestuoso. ¿Qué te parece?

–Me parece que estás intentando irte por otros derroteros. Tempestuoso está bien, pero yo quiero saberlo todo sobre Tanner y tú.

–Bueno, pues no tienes suerte –contestó yendo hacia la casa–. Yo hago la comida… si tú dejas de freírme a preguntas sobre Tanner.

«Cuando los cerdos vuelen», pensó con una mueca.

Capítulo 7

EL DÍA siguiente por la tarde, Darcy le dijo que se iban de compras a Austin. Quería comprarse un vestido porque tenía una cita e insistió en que quería que Candace la ayudara a elegirlo.

A Candace le pareció una oportunidad estupenda para dejar el artículo, que iba fatal, y dedicarse a una de sus actividades favoritas.

Además, era Darcy la que tenía una cita y no ella, lo que era un gran alivio.

Tanner no hacía sino confundirla y, cuanta más distancia hubiera entre ellos, mejor.

Las dos amigas se pusieron en camino, dispuestas a estar de compras hasta caer rendidas.

–¿Es muy importante la cita del sábado por la noche? –le preguntó a Darcy cuando se sentaron agotadas en la cafetería del centro comercial.

Darcy sonrió.

–¿Por qué no os venís Tanner y tú con nosotros?

–Porque no somos parejas ni lo vamos a ser –contestó.

Darce enarcó una ceja.

–Yo no estaría tan segura, Candace. He visto cómo te mira… como si te quisiera comer.

Candace tenía sus dudas y no necesitaba que su amiga la animara a meterse en una relación que no tenía sentido. Tanner y ella eran como la noche y el día, a pesar de la atracción física que sentía por él.

–Sé que te gustaría vernos juntos, Darce, pero no va a ocurrir. Además, no creo que Tanner necesite, o quiera, a nadie en su vida.

«Desde luego, no a una mujer de Connecticut», pensó.

Darcy jugueteó con un trozo de zanahoria.

–Le gusta dar esa imagen de que no necesita a nadie –comentó–. Tal vez, lo haga para que las mujeres no se le acerquen. Hay muchas que querrían estar con él, pero, hasta el momento, ninguna ha conseguido que se fije en ella.

Candace pensó en ello. Tanner era un hombre solitario, pero no creía que fuera por eso.

–Yo creo que ha sufrido –dijo bebiendo un poco de agua y esperando que su amiga le pudiera dar unas cuantas contestaciones al respecto.

Tal vez, si lo entendiera…

Darcy asintió y se inclinó hacia delante como si le fuera a contar un secreto.

–No suele hablar de sí mismo, así que no sé la historia completa, pero sé que estuvo casado con una tal Marlene. Tanner estaba muy enamorado. No sé qué pasó entre ellos, pero un buen día ella se volvió a Filadelfia.

Tal vez, eso explicaba lo que había visto en los ojos de Tanner, aquella actitud de no necesitar a nadie, aquel recelo suyo.

–No estuvieron mucho tiempo casados, unos seis meses. Eran muy jóvenes y no debían de tener mucho en común.

–Y luego dicen que los extremos se atraen –dijo Candace pensando que aquello le daba una nueva dimensión sobre aquel hombre al que no podía apartar de su mente, otra razón por la que lo suyo nunca funcionaría.

Candace no pertenecía al mundo de Tanner.

Y nunca sería adecuada para él.

Pero eso ya lo sabía.

Darcy solo se lo había confirmado.

–Bueno, ¿qué tal va el artículo?

–Me temo que no muy bien –contestó–. No sé si dejarlo y volver a Connecticut. No termino de darle forma y no sé por qué.

–Yo sí lo sé. Ese vaquero tan guapo te tiene revolucionada. Tanner tiene ese efecto sobre las mujeres y tú no eres una excepción.

Tanner de nuevo. Aquel hombre estaba hasta en la sopa.

–Vas a tener que darte por vencida y admitir que los vaqueros de Texas son de los más sensuales.

–No estoy segura de ello, Darce –dijo Candace. No estaba dispuesta a admitir que fueran tan diferentes del resto de los hombres.

Necesitaba pruebas, hechos, nada de ficción y, menos, un estúpido mito femenino.

Ella era una persona realista.

–Todavía no estás del todo convencida, pero te acabarás dando cuenta de que ese artículo no tiene ni pies ni cabeza.

Candace no supo responder. Tal vez, fuera cierto que su proyecto se iba a quedar en agua de borrajas y la culpa iba a ser de Tanner porque no podía dejar de pensar en él.

Después de haber repuesto fuerzas con la comida, siguieron rastreando el centro comercial en busca del vestido perfecto.

Por fin, en la última tienda, su amiga lo encontró.

Era de seda negra, recto y sencillo, con un bonito escote bajo el que se adivinaban los encantos de Darcy.

También encontró un vestido precioso para Candace. Era realmente bonito y a Candace le encantó, aunque no para salir con Tanner. De todas formas, no lo tenían en su talla.

Era verde esmeralda, perfecto para ir a juego con sus ojos. Se imaginó bailando a la luz de la luna con Tanner vestida con aquel vestido y él dándole besos en los hombros.

La empleada le dijo que se lo podían traer de otra tienda. Candace se sintió tentada. ¿Le gustaría a Tanner?

Como decidió que no iba a tener oportunidad de ponérselo para él, declinó la oferta.

–No te entiendo, Candace. ¿De verdad que no te interesa lo más mínimo salir con Tanner Carson?

Candace no quería admitir lo interesada que estaba.

Decidió no volver a pensar en él. Darcy tenía la famosa cita y ella se iba a quedar trabajando.

Nunca había tenido problemas para dar forma a un artículo, pero aquella vez no podía más.

Agarró el teléfono y llamó a su editora a Nueva York. Se la imaginó sentada en su despacho con mil cosas que hacer. De repente, pensó que aquello no había sido buena idea. Liz Talberg no tenía tiempo de ocuparse de sus reporteros, aunque ella fuera una de sus preferidas.

–Querida, ¿qué tal en el salvaje Oeste? ¿Has dado con algo interesante? ¿Qué tal va el artículo? Texas está en el fin del mundo. Mira que eres valiente.

Candace pensó que, más bien, era una loca. ¿Cómo le iba a decir a Liz que un vaquero, su reportera feminista favorita, la tenía entre la espada y la pared?

–¿Querida? No me digas que estás teniendo problemas con esos hombres.

–No, no, claro que no –contestó. Definitivamente, no debería haber molestado a Liz. Tanner era problema suyo. Y sus fantasías, también–. Solo… solo quería saber qué tal estabas.

–Ah, bueno, por un momento me has asustado. Bueno, te tengo que dejar. Que trabajes mucho.

Candace suspiró al colgar. ¿Cómo decirle a Liz que los vaqueros eran unos brutos incorregibles, pero tiernos por otra parte y que sabían cómo tratar a una mujer?

Necesitaba más tiempo para asimilar que dos formas de ser tan diferentes coincidieran en una persona.

Miró el reloj y se dio cuenta de que su amiga no había vuelto de las cuadras. Iba a llegar tarde a la cita si no tenía cuidado. Y aquella cita era muy importante para ella.

Decidió ir a buscarla.

Darcy estaba con uno de sus caballos.

–¿Qué pasa? ¿Te has olvidado de que Todd Wellman viene a buscarte dentro de cuarenta y cinco minutos?

–Oh… no. Se me ha olvidado llamarlo para decirle que no podemos salir.

–¿Por qué?

–Porque Dolly no está bien, tiene cólico… y no quiero dejarla sola.

–Pero lo de esta noche era muy importante para ti.

–Sí.

Darcy estaba desolada y Candace decidió hacer algo.

–Dime lo que tengo que hacer y yo me ocuparé de Dolly –se ofreció Candace. Debía de estar loca porque no tenía ni idea de cuidar caballos.

–¿De verdad? –dijo Darcy esperanzada.

–Pues claro. ¿Para qué estamos las amigas? –dijo tragando saliva.

–Bien. Ayúdame a vestirme y, mientras, te lo explico. Me voy a llevar el busca y, así, si Dolly empeora, me avisas.

Candace miró a la pobre yegua. Estaba mayor y era… enorme. Nada que ver con el potrillo ni con su madre.

Rezó para no haberse metido en un problema.

Tanner había estado revisando las vallas, había localizado un trozo que estaba en mal estado en el sur, la había arreglado y había llevado al ganado a pastar allí, pero no estaba cansado.

En realidad, estaba inquieto.

No le apetecía ir a la ciudad a tomarse una copa. No le apetecía beber. No, era algo… indefinible.

Siempre le había gustado la vida solitaria que llevaba, pero últimamente…

Tal vez, todo se arreglara con una buena cena. Decidió ir a su

restaurante favorito a tomarse un buen chuletón con patatas asadas.

Sin embargo, tras darse una ducha caliente, se encontró conduciendo hacia Dripping Springs en lugar de parar a cenar.

Llevaba tres días sin ver a Candace aunque no quería admitirse a sí mismo que esa era la razón por la que estaba entrando en casa de Darcy.

Bajó de la camioneta y se dirigió a la casa, pero, al ver que había luz en las cuadras, se fue hacia allí.

Al abrir la puerta, pensó que estaba alucinando, pero no era así.

Candace.

Estaba encima de una bala de paja frente a Dolly, una de las yeguas de Darcy, que era enorme, pero inofensiva como un corderillo.

–Tanner… eres tú. Ayúdame. Esta… bestia me está intentando morder –dijo casi perdiendo el equilibrio al intentar alejarse del animal.

Tanner sabía que, en realidad, no corría ningún peligro. Dolly solo quería la zanahoria que tenía en el bolsillo de los vaqueros, pero Candace no se debía de haber dado cuenta de ello.

Se controló para no reírse.

–Así que te ha intentado morder, ¿eh?

–Sí… he venido a ver qué tal estaba y me ha atacado.

–¿Te ha atacado? –repitió apoyándose en la puerta.

–Sí. ¿Por qué no dejas de repetir lo que yo digo y haces algo?

–¿Y qué quieres que haga?

–Dile que se vaya –dijo. La yegua se acercó y Candace gritó–. Sí, me está atacando.

Tanner ya no pudo más y se echó a reír.

–Ya lo veo, preciosa.

–Pues ayúdame.

–No quiere hacerte nada. Solo quiere la zanahoria que tienes en el bolsillo.

Candace miró al animal y luego a él.

–Ah –dijo ruborizándose–. Ah –repitió con más convicción.

Se sacó la zanahoria del bolsillo mirando a Tanner en actitud desafiante y se la dio a Dolly con cuidado.

La yegua se la comió encantada de conseguir, por fin, lo que andaba buscando.

–Ya está… puedes bajar de ahí.

Candace lo miró con recelo. Observó a la yegua y se fijó en la distancia que había hasta el suelo. Entonces, vio que Tanner la estaba esperando con los brazos abiertos.

–Me voy a quedar aquí.
–Como quieras.
¿Por qué tenía tanto miedo de él aquella mujer?
Cuando se dio la vuelta, Candace lo llamó.
–De acuerdo… ayúdame a bajar –dijo como si la idea de pasarse allí toda la noche no le hiciera mucha gracia.
Tanner se acercó y la agarró en brazos. Sus cuerpos se rozaron.
–Gracias –murmuró ella con voz ronca.
Tanner no podía ni hablar. Se había quedado sin aliento al sentir su cuerpo, cuyas curvas le habían disparado la libido. Su olor, tan femenino, lo había dejado fuera de juego.
Sabía que tenía que dejarla en el suelo, pero no quería ni por asomo.

Candace se dio cuenta inmediatamente de que algo había cambiado entre ellos. Le había dado una vergüenza horrible que Tanner la pillara haciendo el ridículo.
Otra vez.
¿Cómo iba ella a saber que la yegua no quería morderla?
Había querido borrarle de la cara aquella sonrisita de guasa, pero, al verse en sus brazos, su cuerpo la había traicionado.
Ya no podía fingir por más tiempo que no le gustaba aquel hombre.
Y ella también le gustaba a él.
El deseo los envolvía a ambos y ninguno se podía mover. Se olvidó de Dolly y de poder parecerle una niñata de ciudad a Tanner.
Solo podía pensar en el calor que se había formado, en las chispas que amenazaban con provocar un fuego que los iba a consumir a ambos.
Sus labios, aquellos labios tan carnosos y sensuales. Los tenía delante. Al sentir su aliento, se quedó sin respiración.
Lo oyó gemir en señal de la lucha interna que estaba teniendo. Ella estaba igual.
–Te voy a besar, preciosa. Espero que no te importe porque ya no puedo más.
–Me… me parece bien –dijo con voz impaciente.
Los labios de Tanner rozaron los suyos haciendo que lo deseara cada vez más.
Candace lo besó sintiendo el corazón a mil por hora y deseando más.
Sintió sus dedos largos y fuertes en el pelo cuando él la apretó

contra sí y comenzaron a besarse con pasión. Candace se puso de puntillas en busca de más.

Tanner la abrazó con fuerza. Candace sintió la prueba del deseo que despertaba en él. La deseaba tanto como ella a él. Eso era el presente… el futuro que esperara.

Tal vez, estuviera cometiendo un error, pero no quería pensarlo.

No quería parar de besarlo. Quería que le hiciera el amor. Ya se preocuparía de las consecuencias al día siguiente.

Tanner le acarició un pecho por encima de la blusa y jugueteó con su pezón.

Ante su caricia, Candace sintió un dulce calor en la entrepierna. Quería más, lo quería a él, sus caricias. Siguió con el otro pecho, encendió la llama.

–Candy –suspiró. Candace ni se molestó en corregirlo. No habría podido hacerlo aunque hubiera querido.

Tanner le desabrochó la blusa y le besó los pechos. Sintió su lengua recorriéndolos y dejando una estela de fuego a su paso. Si no la poseía ya, se iba a morir.

–¡Ahh! –gritó Candace al notar un hocico frío en la espalda.

Tanner maldijo y se rio.

–Dolly, eres de lo más inoportuna –se quejó.

Candace se había escondido detrás de él en busca de refugio.

–No tengo más zanahorias, así que esta vez me ha atacado –dijo poniéndose bien la blusa.

–No sabe que no tienes más –dijo Tanner pensando que aquello era gracioso aunque, si no hubiera sido por Dolly, posiblemente, a juzgar por sus besos, habrían estado revolcándose sobre la paja.

–Es la última vez que me quedo cuidando a una yegua con cólico.

–¿Tiene un cólico? A mí me parece que ya está estupendamente.

–¿De verdad? –preguntó ella aliviada.

–¿Vamos a buscar otra zanahoria y retomamos las cosas donde las hemos dejado?

Candace se sonrojó. Se había abrochado la blusa a toda velocidad y no lo había hecho bien. Había algo tierno en ello.

–Ven aquí que te la ate bien, preciosa.

Candace bajó la mirada y se miró la blusa.

–Seguro que me la desatas.

–Exacto.

Tanner decidió que sería mejor no volver a ponerle la mano encima por si no se podía controlar.

–Lo mejor para el cólico es hacerla andar. Vamos a darle unas

vueltas por el picadero a ver si se le ha pasado.

A él, desde luego, no se le había pasado. Tenía atracción aguda por Candy Porter.

Y no sabía si aquello tenía curación.

Capítulo 8

A LA LUZ de la luna, Tanner resultaba todavía más irresistible. Tenía el pelo negro azabache y sus ojos azules se habían tornado del color de la plata.

Candace intentó no acercarse mucho mientras paseaban a Dolly. Tanto el hombre como el animal la estaban poniendo nerviosa.

Tras la primera vuelta, Tanner le dedicó una sonrisa que la derritió.

–¿Quieres aprender a montar a caballo?

–¿Ahora?

–No, ahora no… mañana, en mi casa. Tengo un jamelgo viejo que te iría bien.

–¿Un jamelgo viejo? Muchas gracias por el cumplido.

–No me tomes a mal, preciosa. Lo que quiero decir es que es perfecto para…

–¿Una niñata de ciudad que no sabe nada?

–Vamos a dejarlo en una… principiante.

Candace sospechó que ese adjetivo no había sido el primero que se le había pasado por la cabeza.

–Mañana no puedo. Me van a enseñar a pelear con un cactus y eso tiene mucha mejor pinta.

Lo último que necesitaba era estar con él. No se fiaba de sí misma ni de sus reacciones. Además, había sobrevivido hasta entonces sin saber montar a caballo, así que podía seguir viviendo así.

Tanner sonrió.

–Muy graciosa. Si no quieres aprender, dilo, pero te iría bien para perder el miedo que tienes a los caballos.

–Los caballos no me dan miedo. Simplemente los trato con… respeto.

–¿De verdad?

–De verdad.

Ojalá no pareciera tan seguro de sí mismo, ojalá no sintiera tanta curiosidad por él. Quería saber más sobre él.

Y no precisamente para satisfacer su interés periodístico.

–Algún día, conseguiré verte sobre un caballo. Te lo prometo –

sentenció como si le estuviera adivinando su futuro.

O su desgracia.

Candace negó con la cabeza.

–Prefiero tener los pies en la tierra, si no te importa.

Para cuando dejaron a Dolly de vuelta en su cuadra, Tanner había dejado de hablar de montar a caballo.

Y Candace se lo agradeció.

Se había mantenido en todo momento alejada de las cuatro pezuñas y de todos los dientes que Dolly pudiera tener. No se había olvidado de cómo el animal la había forzado a subirse a aquellas balas de paja… ni lo olvidaría en algún tiempo.

–Me parece que Dolly no tiene ni rastro del cólico –proclamó Tanner cerrando la puerta de la cuadra.

–Bien –dijo Candace aliviada porque no le hubiera pasado nada al animal. Darcy había podido salir y no había tenido que llamarla para hacerla volver antes de tiempo.

Tanner había ido en su ayuda.

No estaba muy segura de que aquello fuera bueno.

–Por cierto, ¿qué te ha hecho venir a casa de Darcy?

Tanner la miró de arriba abajo. Tenía una paja entre el pelo. Alargó el brazo y se la quitó, rozando con los dedos uno de sus rizos.

Bastó aquel breve contacto para que Tanner deseara hundir el resto de los dedos en aquella cabellera sedosa.

–Quería volver a verte –contestó pensando que había llegado el momento de ser sincero.

Vio sorpresa en sus ojos verdes y una sonrisa de satisfacción. Intentó controlarse, pero ya era demasiado tarde.

Lo había visto. Tanner sabía que Candace se alegraba de que hubiera ido.

Aunque no quisiera admitirlo.

Tal vez, fuera porque sentía el mismo peligro que él ante una posible relación entre ellos. Ninguna mujer le había excitado nunca tanto como Candace Porter.

Y ninguna le había convenido menos.

–¿Quieres a tomar una cerveza… o un té con hielo?

Le apetecía mucho una cerveza fría, pero prefería no beber alcohol. Ya estaba suficientemente alterado.

Y todo por ella.

–Un té con hielo –contestó–. Hace calor.

La siguió al salir de las cuadras y entrar por la puerta trasera a casa de Darcy.

Mientras preparaba las bebidas, observó que estaba familiarizada con la cocina. Parecía un ama de casa… de lo más deseable.

Peligro.

Más le valía mantener los pies en la tierra.

–¿Cuándo vuelves a Connecticut?

Sí, así recordaría cuál era exactamente su situación.

–¿Te quieres librar de mí, Tanner?

Debería ser así porque aquella mujer era un peligro, podía poner su vida patas arriba. Al menos, así debía considerarla.

–Texas es un país libre.

–Mira el texano testarudo que está tan orgulloso de su estado que lo considera un país –sonrió ella.

Lo había dicho sonriendo, pero había algo más.

¿Sería que se sentía una extraña en aquella tierra?

Probablemente.

Y él había contribuido a ello.

Sintió remordimientos por el posible daño que le hubiera causado, pero lo había hecho para defenderse. No quería sucumbir ante sus meteduras de pata ni ante sus coloretes de vergüenza.

–Sí… es cierto. Los texanos estamos muy orgullosos de nuestro estado. Presumimos de ello.

–¿Y los de fuera?

–¿Qué pasa con los de fuera?

–¿Dónde encajamos?

A Tanner le gustaba la gente de fuera, excepto los que eran como Marlene, que llegaban arrasándolo todo, como una plaga de langostas, con un objetivo fijo.

¿Qué habría llevado a Candace allí?

Qué tontería de pregunta. Estaba de vacaciones. Había ido buscando paz y tranquilidad. Había ido a ver a su amiga Darcy.

Estaba viendo problemas donde no existían.

–De acuerdo. He sido un poco duro contigo, pero, preciosa, es que estás un poco fuera de tu elemento…

–¿En tu salvaje Oeste?

–En mi salvaje Oeste. Aquí, no levantamos el meñique cuando bebemos en tazas de porcelana. Para empezar, porque no tenemos tazas de porcelana.

–Y en las discotecas de Texas no se bebe vino blanco…

–Ni se llevan perlas –añadió él.

Candace se llevó la mano al cuello y tocó el collar.

–Pero a ti te quedan de maravilla –dijo Tanner con marcado

acento texano aunque lo que verdaderamente le llamaba la atención era la piel cremosa que había bajo las perlas.

Mejor ignorarlo.

–¿Tanto se me nota que soy de fuera? –preguntó ella con una sonrisa.

Era sofisticada y podía mirar de manera tan arrogante que hacía que un hombre se amedrentara… claro que podía ser una fachada. Tenía un lado tierno que le llegaba a él al alma.

Sí, se le notaba que era de fuera.

Belleza arrebatadora, una sonrisa especial, aquellos preciosos ojos verdes, piernas largas y elegantes… desde luego, cualquier hombre se fijaría en ella en un concurso de belleza.

–Vamos a dejarlo en que no pasas desapercibida, preciosa.

Tanner se terminó el té y se levantó. Había llegado el momento de irse, antes de que su decisión de no intentar nada con ella se esfumara.

A ver si, así, de camino a casa con la ventana abierta, la brisa de la noche le refrescaba la cabeza… y otras partes del cuerpo, también.

–Muchas gracias por el té –dijo–. Será mejor que no te acerques a las cuadras cuando no esté Darcy en casa.

–No te preocupes. No tendrás que rescatarme de nuevo –contestó ella algo alterada.

Tanner dudó una vez en la puerta mientras pensaba en los pros y en los contras de volverla a besar. La luz arrancaba reflejos rubios de su cabello y tenía las mejillas sonrosadas de vergüenza.

¿O sería de enfado?

Aquellos labios en forma de puchero que se moría por degustar.

–Dale recuerdos a Darcy de mi parte –gimió alejándose antes de cometer una locura.

La oyó decir «buenas noches, Tanner» mientras bajaba las escaleras del porche.

Candace lo vio alejarse. Tosió ante la polvareda que levantó su coche y se quedó mirando las luces de atrás hasta que desaparecieron en la carretera.

Sintió que se le encogía el corazón. Tanner y ella eran extremos completamente opuestos. Él pertenecía al salvaje Oeste y ella…

Ella tenía que volver a su casa, lejos de aquel vaquero.

Darcy se pasó el día siguiente entero hablando de Todd Wellman, pero a Candace no le importó.

Prefería que hablara de su vida amorosa. Así, no le preguntaba a ella sobre la suya, que ni siquiera existía.

No, no tenía vida amorosa.

Ni la iba a tener.

La vida era más sencilla estando sola. Así, no había problemas ni sufrimiento. Tendría que pasar mucho tiempo antes de que permitiera entrar a otro hombre en su corazón.

Justo cuando acababan de terminar de secar los platos de la cena, sonó el teléfono. Era Tanner. Quería decirle que Ginger, la segunda yegua, se había puesto de parto, pero que, aquella vez, todo iba bien y que podía hacerse él cargo de la situación.

–¿Estás seguro, Tanner? Puedo ir… –miró a Candace, que se había puesto las gafas y estaba repasando sus notas–. Quiero decir, podemos ir las dos porque Candace está aquí conmigo sin hacer nada.

Candace la miró. No le gustaba que Darce dispusiera de su tiempo, sobre todo si era para estar con Tanner.

Aquel hombre la confundía. Tenía que mantenerse alejada de él.

Tanner le aseguró que tenía todo controlado y le prometió llamar si algo iba mal.

–Muchas gracias, amiga –dijo Candace con sarcasmo cuando Darce colgó el teléfono.

–¿Qué he hecho? –preguntó su amiga con fingida inocencia.

–¿Además de intentar emparejarme con Tanner otra vez?

–Ah, eso.

–Sí, eso. No estoy sin hacer nada. Estoy trabajando.

Darcy suspiró.

–Candace, ¿cuándo te vas a dar por vencida y vas a admitir que esa teoría tuya no se tiene en pie? A ver, Tanner Carson está como un queso…

–Tanner no tiene nada que ver con mi proyecto.

–Pues debería. Es un vaquero… uno de esos machos de Texas que quería estudiar al microscopio. Y, además, es de lo más sensual.

Candace no podía contradecirle en eso.

Tanner era precisamente la razón por la que su artículo se caía por su propio peso.

Los demás vaqueros que había conocido no eran como él, pero también tenían su encanto.

Aquello daba al traste con su artículo.

No había podido meterse en la historia que tenía que escribir.

Había ido para evaluar a los vaqueros de Texas, pero se había encontrado con algo que no esperaba. No podía mentir. Tanner Carson era de lo más sensual.

Tal vez, había llegado el momento de admitir que el mito del vaquero era cierto.

¿Aceptaría su editora que, al final, las mujeres no eran invencibles, que caían rendidas ante una sonrisa y un toque de sombrero?

No, probablemente, no.

¿Y el peligro que suponía investigar aquella teoría?

Tanner era una tentación con aquel acento, sus ojos azul oscuro y aquella sonrisa que derretía a cualquier mujer.

Era peligroso acercarse a él.

Tanner no había vuelto a llamar, pero Darcy llevaba veinte minutos paseándose nerviosa.

–Vamos, Candace. Vamos a ver qué tal le va a Tanner con la yegua –dijo su amiga justo cuando Candace estaba segura de que le iba a empezar a salir humo de las botas.

–Yo no voy –dijo sin saber si Darcy querría emparejarla de nuevo con el vaquero o simplemente que la acompañara.

En cualquier caso, lo mejor era no ir.

Todavía recordaba los besos de Tanner… y cómo lo había deseado.

No se fiaba de sí misma.

–Gallina.

–Esto no tiene nada que ver con el miedo. Estoy segura de que Tanner puede apañárselas solo. Además, si necesita algo estarás tú allí.

Darcy agarró el material veterinario, fue hacia la puerta y se dio la vuelta.

–Última oportunidad.

Candace se puso las gafas en la punta de la nariz y recogió las notas.

–Tengo mucho que hacer. Dale recuerdos de mi parte.

Cuando dejó de oír el coche de Darcy, se puso las gafas en el pelo e intentó convencerse de que había hecho lo correcto.

–Mira que te dije que vinieras conmigo –dijo Darcy a la mañana siguiente mientras preparaba las tortitas–. A Tanner no le hizo ninguna gracia que no fueras.

Candace, que estaba sentada a la mesa, dio un trago al café.

–Seguro que se las pudo apañar sin mí.

–No paró de hablar de ti –contestó su amiga mirándola.

–Estás exagerando.

–Bueno, pues no me creas –dijo Darcy sirviendo las tortitas en una fuente y poniéndola en el centro de la mesa.

–No, no te creo.

Aunque sabía que era una locura y que no debía sentirse halagada, quería creerlo.

Se sirvió una tortita y la cubrió de mantequilla y mermelada de fresa. Si seguía así, iba a engordar una tonelada, pero Darcy cocinaba de maravilla.

–¿Qué tal el potro? –preguntó con la esperanza de cambiar de tema.

–Mmm, es precioso –contestó Darcy–. Es del mismo color que su madre con una mancha blanca en la cabeza. Es muy curioso.

–¿Qué tal el parto?

–Muy fácil. Tanner se está haciendo con una buena yeguada. Dice que quiere que el rancho sea rentable y seguro que lo conseguirá.

Candace no tenía ninguna duda al respecto. Tanner podía hacer lo que se propusiera.

Incluso enamorarla.

No, no quería sentir nada por él.

Pertenecían a mundos diferentes.

Darcy siguió hablando del potro y del dueño del potro hasta que se excusó y se fue a trabajar.

Candace fregó los platos y se puso a repasar las notas que había recopilado.

Se pasó la tarde entero pensando en él. Al final, no pudo más y se fue a su rancho.

Quería ver al nuevo potro. Eso fue lo que se dijo a sí misma, pero, en realidad, quería ver a Tanner.

¿Sería cierto que la había echado de menos la noche anterior cuando Darcy había ido sin ella?

Una parte de ella, quería saberlo.

Necesitaba saberlo.

Mientras recorría la carretera que llevaba a la Espuela de Plata, se dio cuenta de que, tal vez, Tanner no estuviera. Tal vez, hubiera ido a la ciudad o estuviera arreglando la valla en algún punto del rancho.

Pero no. Estaba allí.

Al oír su coche, salió de las cuadras.

Aunque quiso evitarlo, Candace sintió que se quedaba sin respiración y que se le aceleraba el corazón. Era tan alto y tan fuerte.

Al verlo sonreír, recordó el sabor de aquellos labios, el contacto de aquellos brazos alrededor de su cuerpo y el firme latido de su corazón.

Se sonrojó débilmente.

–He… venido a ver al recién nacido –dijo sintiéndose insegura de repente.

–Está en el picadero intentando ponerse en pie. Ven.

Tanner no dio muestras de no creer que aquel fuera el verdadero motivo de su visita, así que Candace lo siguió.

El potro era tan bonito como le había dicho Darcy.

–Es precioso.

Tanner llamó al potrillo, que se acercó con recelo y curiosidad.

–Todavía no tiene nombre –dijo acariciándole el hocico. Obviamente, le estaba concediendo el honor de bautizarlo.

No estaba muy segura de merecérselo después de no haber ido para el parto.

No había ido para mantenerse alejada de él, pero no podía. No podía estar separada de él ni podía dejar de pensar en él.

Candace temió haberse enamorado como una loca de aquel vaquero.

La estaba invitando a ponerle nombre a uno de sus potros, a dejar, de alguna manera, una huella de su paso por allí en el rancho, una parte de ella. Se dijo que era una tontería pensar eso, que era solo un nombre, pero no podía evitar seguir viéndolo así.

Tanner estaba esperando y ella se esforzó en pensar en un buen nombre.

–¿Qué te parece Belleza Oscura?

–Es una belleza, ¿verdad? –dijo él.

Candace alargó el brazo y acarició al animal con cuidado.

–Me parece que le gusta el nombre –añadió Tanner al ver que el potro le lamía la mano haciéndola reír–. Fue una pena que no vinieras ayer con Darcy –dijo cuando el potro volvió con su madre con patas temblorosas.

–No quería estorbar.

No quería admitir la verdad: que Tanner la ponía a mil por hora.

–Como eres yanqui, no te lo tendré en cuenta –sonrió él.

No le gustó que le recordara que eran diferentes, pero le gustó

que la echara de menos. Aunque fuera un poco.

–Quédate a cenar –le propuso Tanner–. Yo hago la cena. Cocino mucho mejor que tú.

Candace pensó que debía poner una excusa y volver a casa de Darcy, pero quería quedarse allí… con Tanner.

Además, ver a un duro vaquero en la cocina no era una cosa que una yanqui viera todos los días.

–De acuerdo –contestó.

–Te voy a hacer mi especialidad: chile extra picante –anunció Tanner.

–Eso suena… fuerte.

–Es muy fuerte, la verdad, pero es como tiene que ser.

Candace no quería admitir que le daba un poco de miedo por su estómago porque no estaba dispuesta a darle otra oportunidad de decirle que era una debilucha.

Al poco tiempo, Tanner tenía el chile en la olla y pan de maíz en el horno. Candace tuvo que admitirse a sí misma que estaba asombrada ante sus conocimientos culinarios.

No llevaba delantal, pero tenía un poco de harina de maíz en la mandíbula que lo hacía parecer deliciosamente casero.

–Serías una buena esposa –bromeó ella, lo que le valió que la persiguiera cuchara de madera en ristre fuera de la cocina.

Cayó riendo en el sofá y él aterrizó encima.

–Me tienes que dar un beso por haber dicho eso.

–Baja tu cuchara, Martha Stewart.

–¿Martha qué?

–Olvídalo –dijo ella dándose cuenta de que aquel vaquero no había oído nunca hablar de la ama de casa por excelencia.

Un segundo después, sintió su sensual boca sobre los labios.

Se sintió rendida… y le gustó. Estaba encantada de sucumbir ante sus besos.

Tanner supo lo que había deseado aquellos días… volver a besar a aquella mujer, volver a sentir su cuerpo suave, lleno de deseo, dulzura y excitación.

¿Sería que la necesitaba en su vida o sería que las hormonas le estaban jugando una mala pasada?

Le parecía que estaban bien juntos, que estaban hechos el uno para el otro. Nunca había pensado que fuera a sentir aquello con ninguna mujer. Y, menos, con una yanqui.

Se dijo que debía tener cuidado, pero su cuerpo no lo escuchó.

Le metió los dedos en el pelo y la besó con pasión.

Ella respondió con el mismo ardor y sus lenguas se encontraron y se exploraron. Lo había encandilado y no podía hacer nada.

En ese momento, les interrumpió el reloj del horno. Tanner lo ignoró y volvió a besarla.

–Me parece que el pan ya está listo –musitó ella entre besos.

–Que se queme.

–No sé. ¿Recuerdas las galletas?

–Me gustó el pan quemado.

Candace se rio y lo apartó.

–A mí, no.

–No hay quién discuta contigo –dijo agarrando la cuchara de madera y acudiendo en ayuda del horno que lo llamaba–. Maldita sea la cena –musitó para sí mientras abría la puerta del horno.

A pesar de que el pan y el chile olían de maravilla, lo que verdaderamente quería era comérsela a ella.

Capítulo 9

LA CENA estaba buenísima. Por lo visto, se le daba bien cocinar… y otras cosas. Candace decidió tener cuidado para no acabar de nuevo en el sofá con él.

Los maravillosos besos de Tanner podrían hacerle olvidar que tenía una vida en Connecticut y un artículo que escribir.

Un artículo que cada vez le llamaba menos la atención.

Fregaron los platos juntos mientras conversaban. A veces, estaban de acuerdo y, otras, no. Le gustaba oír lo que Tanner tenía que decir sobre diferentes temas de la vida, del medio ambiente, de la comida, de la política, del rancho. Aunque, no estaban de acuerdo en todo.

Con Steven nunca había podido hablar así. No le había interesado tanto lo que tuviera que decir y él no se había molestado en escucharla.

Se dio cuenta de que Steven era un soso y un estirado.

Había comenzado a llover y, al oír las gotas sobre el tejado, se sintió a gusto dentro de la casa. Segura. Nunca se había parado a escuchar el ruido de la lluvia y, desde luego, nunca había oído cómo hacía al caer sobre un tejado de estaño.

Connecticut parecía a años luz.

Y mucho menos apetecible que estar con Tanner.

Cuando acababan de guardar los platos, la lluvia comenzó a caer con fuerza y se convirtió en una tormenta. Los relámpagos rompieron la noche y los truenos hicieron vibrar los cristales. Oyeron relinchar a los caballos nerviosos.

–Voy a salir a verlos –dijo Tanner agarrando un impermeable y saliendo antes de que a Candace le diera tiempo de decirle que tuviera cuidado.

Caía tanta agua que pronto Tanner se convirtió en una mancha borrosa que avanzaba hacia las cuadras. Candace se cruzó de brazos e intentó pensar en otra cosa para no preocuparse ni por él ni por los potros.

La tormenta se hizo más fuerte, como si los dioses de Texas estuvieran enfadados, y ella no podía dejar de pensar en Tanner y en su seguridad.

Se paseó por la cocina, se sentó en el sofá e intentó calmarse, pero la tormenta no era de gran ayuda. Se quedó mirando la puerta trasera fijamente, esperando ver entrar a Tanner en cualquier momento.

Nada.

Pensó en salir a ver si le había pasado algo. Tal vez, en la oscuridad, había tropezado, se había dado en la cabeza y estaba ahí fuera en el suelo…

Sabía que era una tontería. Tanner era un hombre fuerte, que sabía cuidarse, pero aun así…

Al final, le pudo la preocupación.

Abrió la puerta y tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para cerrarla porque la lluvia golpeaba con fuerza. Un relámpago iluminó el camino a las cuadras, que se había convertido en un río.

Sus preciosas botas rosas nunca volverían a ser las mismas.

Cuando llegó a las cuadras estaba calada de pies a cabeza. Abrió la puerta y entró. El lugar olía a caballo y a paja mojada, pero estaba seco y calentito. Se quedó allí de pie, chorreando e intentando recuperar el aliento.

–Candace, ¿cómo se te ocurre salir con la que está cayendo?

–Estaba preocupada por t… estaba preocupada por los potros –contestó mirándolo mientras iba hacia ella.

Estaba estupenda completamente calada, con la blusa pegada al cuerpo como una piel de melocotón.

Tanner no podía dejar de mirarla.

Al darse cuenta de dónde estaba mirando, Candace se cruzó de brazos.

–Tanner, eso no es propio de un caballero.

Él sonrió sin ofenderse.

–Hay una camisa de franela ahí colgada. Póntela si quieres.

Candace pensó que, al menos, seguía siendo un poco caballeroso. Lo miró con el ceño fruncido y fue a cambiarse.

Estaba helada, así que ponerse una camisa de franela le pareció una estupenda idea. Así, Tanner dejaría de comérsela con los ojos.

La camisa olía a campo y a… Tanner. Aspiró su aroma, se quitó la blusa y se puso la camisa.

–¿Qué tal están los potros? –preguntó al volver junto a Tanner, que estaba intentando calmarlos.

–La tormenta está amainando, así que pronto estarán estupendamente –contestó–. Siento haberte metido en esto.

–No has sido tú. Decidí venir por voluntad propia.

Observó cómo Tanner acariciaba a sus animales. Le gustaba su

dulzura y su dureza, también.

Así era él: duro y tierno. Esa combinación hacía que a cualquier mujer le flaquearan las piernas. A ella incluida.

Era parte del mito del vaquero… y ella había sido víctima de él.

Estar a su lado la hacía vulnerable. Percibía el calor de su cuerpo, su olor masculino y su conciencia femenina estaba por las nubes.

¿Se estaba enamorando de aquel vaquero?

Cuando la tocaba o la miraba, el corazón le galopaba. Y cuando la besaba…

–Vamos a casa antes de que agarres una pulmonía –dijo él poniéndole la mano en la espalda. Su contacto era cálido, estremecedor y posesivo.

Le gustaba sentir que la poseía aquel hombre.

Seguía lloviendo, así que tuvieron que ir corriendo hasta la casa y, una vez dentro, cayeron uno en brazos del otro riendo.

Al encontrarse entre sus brazos, Candace se estremeció.

–Tienes frío –dijo él malinterpretando sus escalofríos.

–No… estoy bien.

–No es cierto –dijo él llevándola al baño–. Desvístete, guapa –añadió.

Candace lo miró con los ojos muy abiertos.

–¿Le dices eso a todas? –sonrió.

–No me des ideas, preciosa –contestó él dándole un albornoz blanco–. Date un baño y ponte esto mientras yo pongo tus ropas a secar.

Tanner cerró la puerta al salir y ella se quedó allí de pie preguntándose dónde se había ido su sentido común. Aquel hombre le hacía sentir cosas que no quería sentir y le hacía desear lo que no debería desear.

A él.

De una forma en la que nunca había deseado a nadie.

¿Por qué?

Había intentado por todos los medios resistirse, pero aquel vaquero estaba siempre presente en su cabeza y estaba intentando abrirse paso hasta su corazón y a su alma.

Con un suspiro, se quitó la ropa, llenó la enorme bañera de agua y se metió dentro.

Tanner oyó el agua corriendo e intentó no imaginarse a Candace desnuda dentro.

Estaba seguro de que antes había estado a punto de decirle que estaba preocupada por él. Sonrió al imaginarse a aquella mujer preocupándose por él.

Se preguntó cómo sería tener a Candace a su lado, mirándolo con deseo y preocupación en aquellos ojos verdes suyos. ¿Sería el paraíso o el… infierno?

Maldición. Candace le gustaba, había conseguido derribar todas sus defensas. Se había enamorado de ella desde que la había visto en Gunslinger's, con sus modales de chica de ciudad, su minifalda y su sonrisa.

No había prestado atención a las alarmas que se habían disparado en su cabeza, no había hecho caso de los errores del pasado.

Y ahora se la estaba imaginando desnuda en la bañera, con la piel sonrosada por el agua caliente, aquella piel suave como la seda.

Tenía que controlarse.

Aquello se le estaba yendo de las manos. Aquella mujer solo había ido allí de vacaciones. Se iría porque tenía su vida, sus amigos y su profesión en otro lugar.

En Connecticut, donde las cosas eran muy diferentes a cómo eran en Texas.

Muy diferentes a la vida que él llevaba en la Espuela de Plata.

¿Había olvidado cuánto había odiado Marlene el rancho tras pasar allí una temporada?

No.

Aun así, deseaba a Candace de una manera en la que nunca había deseado a Marlene. Con toda su alma. Con todo su ser.

Maldición. Lo tenía difícil.

En ese momento, Candace salió del baño sujetándose con una mano los cuellos del albornoz y llevando la ropa mojada en la otra.

Estaba tan joven, tan lozana, tan inocente. El pelo mojado le enmarcaba la cara y los rizos le caían por el cuello.

–Dame la ropa que te la meto en la secadora –logró decir por fin.

A ver si haciendo algo conseguía no pensar en ella.

Sus dedos se rozaron al agarrar la ropa de sus manos. Vio el deseo sexual en sus ojos verdes, exactamente igual que el que él debía de tener.

–No tardarán nada en secarse –añadió.

Ojalá. Y luego, la mandaría a su casa. Bueno, a la de Darcy. Y, al final, se iría a Connecticut.

Y lejos de su vida.

Puso el reloj de la secadora e intentó controlar sus nervios. No

era la primera vez que estaba a solas con una mujer deseable. ¿Qué tenía aquella que lo descontrolaba?

–Tanner.

Se dio la vuelta y la vio con dos tazas de café.

–Para calentarnos –le dijo ofreciéndole una.

Justo lo que necesitaba… calentarse. Pero si ya estaba más que caliente. No podía ni pensar.

–Gracias –contestó tomando la taza.

Olía a jabón, limpia y fresca. Alargó el brazo y le tocó la mejilla. Seda. Era suave como la seda. Paseó el pulgar por su labio inferior y ella abrió la boca.

–Candace…

No pudo seguir. Tenía que besarla. En la boca, en todas partes. Le quitó la taza de las manos, la dejó sobre la encimera, junto a la suya, y la estrechó entre sus brazos.

Sus bocas se encontraron, la besó, exploró. El solo roce de sus labios lo tenían fuera de sí.

–Me estás volviendo loco –le dijo.

Ella se rio.

Tal vez, para ella fuera gracioso.

Para él era… doloroso.

La abrazó con fuerza. Necesitaba sentirla cerca, sentirla suya.

Suya y solo suya.

Sus cuerpos se fundieron y su delicado aroma lo envolvió. El albornoz se abrió dejando al descubierto dos pechos voluminosos apretados contra su torso. Tanner se moría por tocarlos y acariciarlos.

–Candy, te deseo tanto –dijo–. Será mejor que digas que no ahora porque luego será demasiado tarde.

–Yo también te deseo, Tanner –murmuró ella con voz ronca.

Tanner gimió sabiendo que estaba perdido.

La deseaba, si era como si no era un error.

Dejó que el albornoz se deslizara por sus hombros y se quedó mirándola.

–Qué bonita eres –le dijo suavemente–. Eres perfecta.

–Y tú estás… vestido.

Candace comenzó a desabrocharle la camisa.

–Te ayudo –se ofreció él.

Tanner se estaba volviendo loco. No quería que hubiera nada entre ellos. Solo ella. Su camisa fue a parar al suelo junto al albornoz. Tanner la agarró en brazos y la llevó a su cama.

La lluvia seguía golpeando los cristales, pero él casi ni se daba

cuenta. Solo podía pensar en Candace. No había podido quitársela de la cabeza en mucho tiempo y sabía que, después de hacerle el amor, jamás podría olvidarla.

Pero ya se ocuparía de eso luego. La dejó sobre la cama, se quitó las botas y los vaqueros y se tumbó junto a ella.

Ella le pasó los brazos por el cuello y lo besó. Aquel beso lo puso a mil.

–Dios, Candy, cariño.

–Por favor, Tanner.

Aquella invitación fue suficiente.

Candace se derritió con sus caricias. Aquel hombre era puro músculo y sensualidad. Se dio cuenta de que lo había deseado desde la primera noche, cuando había bailado con él.

Sin embargo, nada de lo que se había imaginado la había preparado para aquello.

La boca de Tanner encontró uno de sus pechos y Candace creyó morir de placer. El pezón se endureció al instante y se apretó contra él en busca de más, queriendo sentirse así de bien para siempre.

Le metió los dedos en el pelo mientras él se dedicaba al otro pecho, con el que jugueteó, al que lamió hasta hacerla enloquecer.

–Tanner –dijo con voz gutural que no le pareció la suya.

–¿Sí?

–Más… –añadió. Fue lo único que pudo decir.

No quería pensar si aquello era un error o no, si le iba a acarrear problemas y dolor, más incluso que con Steven. No era el momento.

Aquello… Tanner… era impresionante.

Sus dedos encontraron el calor de su cuerpo entre las piernas y Candace gimió al sentir un placer que nunca había experimentado. Tanner la estaba volviendo loca.

Deslizó las manos por sus hombros, por su torso musculoso, tan varonil. Encantada, descubrió que tenía un cuerpo increíble, cincelado a la perfección.

¿Cómo sería pertenecer a aquel hombre, que le hiciera el amor todas las noches y de nuevo por la mañana?

Mejor no saberlo.

Tanner era para una noche. ¿Y luego?

No debía pensar en eso. Tanner no necesitaba una mujer en su vida. Desde luego, no ella. Pero de eso ya se ocuparía al día siguiente.

Quería sentir y amar a aquel hombre que había terminado con su artículo y que había hecho realidad sus fantasías.

La besó y sintió su lengua adentrándose en su boca y sus dedos

en su entrepierna. Sintió un enorme calor cada vez más fuerte. Alargó el brazo para tocarlo y lo encontró duro y preparado. Solo pensarlo, se quedó sin aliento.

–Dime lo que te gusta, Candy.

–Tú. Esto. Todo.

No podía decir más. Estaba ahogada por los sentimientos, las sensaciones, su cuerpo deseoso y feliz, su cabeza estupefacta.

Tanner la estaba haciendo sentir tanto placer que no podía respirar ni pensar. Solo sentir.

–Por favor, Tanner, ahora. Hazme el amor.

–Aún no, cariño. Quiero tenerte como loca.

–Ya lo estoy.

Él siguió haciéndole cosas mágicas. Le parecía notar sus labios por todas partes haciéndola sentir descargas eléctricas que no estaba muy segura de poder seguir aguantando.

–Ahora, Tanner, ahora.

Tanner no podía más. Los ruegos de Candace eran demasiado tentadores.

Quería que estuviera tan excitada que gritara de placer.

Quería que saliera bien, que le gustara. Sospechaba que él iba a sentirse mejor que nunca.

Agarró un preservativo de la mesilla. Maldijo por la pérdida de tiempo que conllevaba, pero no quería que le pudiera ocurrir nada a Candace.

Cuando la sintió preparada, se introdujo en su cuerpo.

La oyó ahogar un grito de sorpresa al sentirlo dentro. Levantó las caderas para facilitarle la entrada. Tanner sintió un inmenso placer que iba a más, nunca se había imaginado algo así. Sabía que ella estaba sintiendo lo mismo.

–Tanner –dijo ella al llegar al clímax.

–Oh, cariño –dijo él al alcanzarlo a la vez.

Tanner apenas podía hablar. Se tumbó junto a ella. Sentía su cabeza sobre el brazo y vio su pelo por la almohada. Qué guapa era. Le acarició los pechos suavemente. No podía dejar de tocarla.

Ella se estremeció y Tanner se acercó y la besó lentamente, saboreando su boca.

Deslizó la lengua por su labio inferior y volvió a excitarse, volvió a desearla.

Ella respondió igual y, rápidamente, se encontraron haciendo de nuevo el amor. Lenta y tranquilamente. Con ternura. Nunca había

sentido algo tan fuerte, tanto cariño, nunca había sentido la necesidad de hacer disfrutar a la otra persona.

Ella no tardó en excitarse con sus caricias. Fue lento y delicioso. Tanner pensó que seguro que hacer el amor con Candace sería diferente cada vez, pero igual de maravilloso siempre.

Al terminar, la arrulló en sus brazos. Ninguno quería perder el contacto con el otro. Y, así, no tardaron en quedarse dormidos.

Tanner rezó para que Candace no tuviera remordimientos a la mañana siguiente.

También rezó para no tenerlos él.

Candace se despertó y miró el reloj de pared. Eran casi las doce de la noche. No le había dicho a Darcy que no iba a dormir en casa y seguro que estaba preocupada o intrigada, más bien.

No le apetecía nada apartarse de Tanner, pero tenía que irse. Se levantó con cuidado para no despertarlo. Habían hecho el amor dos veces y había sido maravilloso. Decidió intentar no arrepentirse de ello.

Sabía que se había enamorado de él y que él la quería físicamente, pero nada más. No para siempre, así que tendría que vivir con ello.

De alguna manera.

Sacó la ropa de la secadora y se vistió. Dobló el albornoz de Tanner, lo olió para aspirar su aroma y lo dejó sobre la máquina.

Agarró el bolso que estaba en la cocina y se fue.

No se paró a ver a los potros de Tanner porque, por eso, se había desencadenado todo aquello.

Por eso, se había enamorado de un solitario que lo era porque una vez se había enamorado de una mujer de la costa este que le había roto el corazón. No lo creía dispuesto a confiar en una mujer que le debía de recordar aquel error y el sufrimiento que le había ocasionado.

No, sabía que iba a tener que guardar el recuerdo de aquella noche en algún lugar de su corazón donde no le doliera demasiado.

Si es que había un lugar así.

Tanner era el hombre más guapo que había visto jamás, la fantasía de cualquier mujer.

El mito del vaquero existía. Era real. Muy real. Estaba segura de que aquello le iba a doler mucho tiempo. Si, al final, escribía el artículo iba a ser muy diferente de como lo había imaginado en un principio.

Candace se metió en el coche y se dirigió a Dripping Springs dejando atrás el Espuela de Plata.

Las lágrimas le nublaron la vista.

Estaba enamorada de Tanner Carson.

Capítulo 10

CANDACE volvió a leer sus notas.

Le había prometido a su editora un artículo… y lo iba a entregar.

Pero sobre el verdadero mito del vaquero, que estaba vivito y coleando… y que podía atrapar por sorpresa a cualquier mujer.

Releyó las notas mientras el brillante sol de la mañana entraba por la ventana del despacho de Darcy. Tenía las gafas en la punta de la nariz y una taza de café solo sobre la mesa.

Le pareció que le faltaban notas… exactamente la lista de atributos favorables de los vaqueros. Y también unas cuantas observaciones cándidas sobre Tanner.

Las tenía en el bolso.

Sí, estaba segura.

Le dio la vuelta y vació su contenido: cartera, móvil, pintalabios… Vaya, llevaba tiempo buscando aquel pintalabios.

Rojo Pasión.

Se lo metió en el bolsillo de los vaqueros. Recordó que Tanner le había dicho que le gustaba, que hacía que su boca fuera sensual. Decidió comprarse cinco más iguales.

Diez, mejor.

Las notas no estaban.

Dejó el bolso junto al portátil.

¿Dónde estarían?

Recordó el bolso en el suelo de la cocina de Tanner. ¿Se le habrían caído?

¿Las tendría Tanner?

No quería ni pensarlo.

Volvió a buscar por el despacho de Darcy, miró en el maletín, en el coche y… volvió a mirar en el bolso de nuevo.

Nada.

Se dio cuenta de que solo podían estar en un sitio: en el rancho de Tanner.

Se había metido en un buen lío.

Además, no quería verlo tan pronto después de haber hecho el amor con él la noche anterior. Había sido espectacular, tierno…

inolvidable.

¿Pensaría él lo mismo?

¿Y si leía sus notas?

No tenía otra opción. Tenía que ir a la Espuela de Plata y enfrentarse a Tanner.

Paró en la clínica para decirle a Darcy que tenía que hacer un recado y que volvería pronto. Por suerte, su amiga estaba muy ocupada con sus pacientes de cuatro patas y no hizo demasiadas preguntas, así que Candace no tuvo que aguantar el tercer grado al que la solía someter normalmente.

Cuando llegó al rancho, el sol estaba en lo alto del cielo. Hacía un calor increíble para estar en primavera, pero no se sentía acalorada por eso.

Era por volver a ver a Tanner, por recordar sus caricias, su cuerpo, su pasión.

Tomó aire y se armó de valor.

Tanner vio el coche de Candace acercándose en mitad de una nube de polvo. No le había gustado despertarse y no verla a su lado.

No le gustaba la idea de que se hubiera vuelto a Dripping Springs por carreteras que no conocía bien y de noche. Le podría haber sucedido algo.

Además, contaba con abrir un ojo y verla junto a él, con la cabeza apoyada en su almohada, todavía caliente después de una noche de amor apasionado.

Solo en su cama, había sentido como si algo precioso hubiera desaparecido de su vida. Se sintió más solo que nunca, experimentó una soledad con la que no había contado.

Candace cubría un agujero en su vida del que ni siquiera se había percatado.

Había encontrado sus notas. Se le debían de haber caído del bolso. Obviamente, no las había dejado para que él las leyera.

Estaban en el suelo de la cocina, las había recogido para devolvérselas, pero, al ver su nombre escrito en una página, las había leído.

Sospechaba que Candace había ido allí con un propósito.

Así era.

Candace vio a Tanner en cuanto paró delante de las cuadras. Salió de la penumbra a la luz del sol y le hizo recordar la primera

vez que lo había visto, cuando había ido allí con Darcy. Parecía que había sido hacía una eternidad.

Habían pasado muchas cosas.

Habían cambiado muchas cosas.

Para empezar, ella.

Por el dolor que vio en su cara, supo que Tanner había encontrado las notas y las había leído.

–¿Has venido a buscar esto? –le preguntó en cuanto se bajó del coche–. ¿O, tal vez, quieres acostarte conmigo otra vez para ver qué puntuación me das?

–¿Cómo…?

Candace no entendió al principio, pero, de repente, lo vio claro. Tanner creía que se había acostado con él para ver qué tal lo hacía.

No podía estar más equivocado.

Sin embargo, por el dolor y el enfado que leyó en su rostro, dudó mucho que la fuera a creer.

–No sé si me vas a creer, pero ayer solo me acosté contigo por una cosa: porque me apeteció.

Sintió deseos de añadir que también porque se había enamorado de él, pero algo le hizo morderse la lengua. Tal vez, la desconfianza que vio en sus ojos o tal vez cierto sentimiento de culpa. Se sentía culpable por no haberle hablado del artículo.

No lo había estado estudiando.

Ni siquiera había querido que influyera en su trabajo aunque, de una u otra manera y a pesar de sus esfuerzos, lo había hecho.

Pero Tanner no se lo iba a creer.

No había sido sincera con él.

–Esas… notas son para un artículo que estoy escribiendo para una revista que se llama Mujer del Milenio. Es un artículo sobre los vaqueros, sobre por qué les gustan tanto a las mujeres…

Vaya… no estaba haciendo sino empeorar las cosas.

–Quiero decir… sobre por qué las mujeres tienen fantasías con…

Aquello no iba bien. Mejor, se pegaba un tiro y asunto terminado.

–A ver, yo no creía que los vaqueros tuvieran ningún efecto especial sobre las mujeres, pero…

Se volvió a interrumpir.

Tanner había enarcado una ceja como en actitud de desprecio. Desprecio hacia ella y hacia lo que había hecho.

–No espero que me entiendas –añadió con tristeza.

–¿Quieres que te crea, que crea que yo no era parte de ese proyecto, de ese análisis del… –miró las notas–… de la especie de

los vaqueros? ¿Eso es lo que esperas, Candace Porter?

Quería contestar que sí, que él no era parte del estudio, pero no encontró las palabras y, además, estaba segura de que él no querría oírlas.

–Lo siento, Candace. Creía que eras diferente, pero ya veo que no es así. Si me perdonas, tengo que trabajar y, obviamente, tú, también.

Le entregó las notas, se dio la vuelta con brusquedad y se fue hacia las cuadras con los hombros erguidos y actitud desafiante.

Candace sintió que ríos de lágrimas le rodaban por las mejillas, pero no hizo nada por evitarlo. Había perdido al hombre del que se había enamorado. No quería nada con ella y ni todas las lágrimas del mundo podrían cambiarlo.

Tanner decidió que lo mejor era matarse a trabajar. Se había pasado los últimos dos días colocando vallas en el terreno que había adquirido.

Cuando empezó, había comprado un terreno respetable, pero no suficiente porque no tenía mucho dinero.

Había trabajado siempre muy duro y había ido añadiendo parcelas adyacentes.

La tierra era tangible, no traicionaba cuando uno menos se lo esperaba. Tanner entendía el rancho, pero no a las mujeres.

El sol estaba alto y hacía tanto calor que estaba trabajando sin camisa. A pesar de que había un poco de brisa, estaba empapado en sudor. Se moría por beber algo, pero no quiso darse el lujo.

Lo único que quería era estar ocupado para no pensar en Candace. La mejor manera de conseguirlo era trabajar. Si seguía así, tendría el rancho listo y reluciente en un abrir y cerrar de ojos.

Fue al siguiente poste y se maldijo a sí mismo por haberse liado con una mujer como Candace.

¿Es que no había aprendido nada con Marlene?

¿Le tenían que caer diez toneladas encima para ver la verdad? Eso era exactamente lo que había sentido cuando había encontrado sus notas.

Diez toneladas encima.

Aquella mujer solo había ido para conseguir un reportaje. Por eso estaba observando a todos los vaqueros aquella noche en Gunslinger's, por eso no había parado de bailar en la barbacoa de Darcy.

Aparentemente, solo se había acostado con él… por el

periodismo, claro. Solo había decidido hacerle daño a él. La noche de amor que habían compartido no había sido más que una farsa fríamente calculada.

Había sido un idiota por pensar que ella era diferente… era una yanqui y ya sabía que las mujeres del norte eran traicioneras.

Recordó la contestación de Candace cuando le había preguntado qué esperaba de un hombre.

–«Sinceridad».

Pero ella no se había mostrado sincera con él.

Y le dolía.

Le dolía más que nada en el mundo.

Tanner golpeó otro poste intentando olvidar la inocencia de su sonrisa, la suavidad de su cuerpo, su suave olor.

Todo planeado para dejarlo como un idiota, para hacer de él un idiota. Y eso, no se lo permitía a nadie y, menos, a una yanqui.

Se echó hacia atrás y miró todos los postes que había puesto, pero no se sintió satisfecho por el trabajo bien hecho como solía ocurrirle cuando veía que el rancho progresaba.

Se sentía tan mal como el día que había encontrado las notas.

El día en el que se había enterado de su traición.

Recogió las herramientas y pensó en irse a la ciudad a tomarse una copa.

Y a buscar una mujer.

Una que no tuviera la dulce sonrisa de Candace.

Candace no creía que fuera a ser capaz de volver a sonreír. Había perdido a Tanner antes de tenerlo. Se sentía peor de lo que nunca hubiera podido imaginar.

Peor que cuando Steven la había traicionado.

Lo que más le había dolido había sido que Steven no había sido sincero con ella y ella le había hecho lo mismo a Tanner. Debería haberle contado el proyecto.

Pero no lo había hecho.

Y ya era demasiado tarde.

No debería haberse enamorado de él.

Eran tan diferentes como la noche y el día… aunque, entre sus brazos, se sentía en la gloria.

Rompió las notas y borró el horrible artículo del ordenador. No quería escribirlo, dolía demasiado.

Decidió escribir sobre otra cosa, sobre algo que no tuviera nada que ver con un guapísimo vaquero que le partía el corazón. Tenía

muchas ideas guardadas.

Cualquiera serviría.

Mientras no tuviera nada que ver con Texas.

Ni con vaqueros.

Tanner tenía razón. Era una yanqui, completamente fuera de su elemento. Nunca encajaría en la vida de Tanner y, además, él no la quería allí.

Se secó las lágrimas ardientes y sacó la maleta del armario. Ya no había razón para seguir abusando de la hospitalidad de Darcy.

Cuando estaba haciendo la maleta, apareció su amiga y quiso saber qué estaba haciendo, por qué se iba.

–Estás llorando y creo que tiene algo que ver con Tanner Carson.

Candace no quería hablar de ello. No en ese momento. Le dolía demasiado, se sentía herida y vulnerable.

–Supongo que habrás querido decir que Tanner y yo no debemos estar juntos. Ya me he dado cuenta. Tienes razón. Si no te importa, déjame que haga la maleta tranquila. Ya me he quedado suficiente tiempo aquí.

Darcy se sentó en el borde de la cama junto a la maleta de Candace. Parecía más preocupada que curiosa y aquello molestó más a Candace que si su amiga solo hubiera ido por puro cotilleo. Darce tenía una cara que cualquiera diría que iba de entierro.

Bueno, sí, se podía decir que su relación con Tanner había muerto.

Había muerto siendo solo una llamita. Al recordar la noche que habían compartido, decidió que «llamita» se quedaba corta. Había sido, más bien, un incendio.

De una u otra forma, se había extinguido.

Intentó no seguir llorando mientras metía la ropa interior en la maleta, los pijamas y los zapatos. ¿Qué más daba hacer bien la maleta que hacerla mal?

A ella, le importaba un bledo. Su vida se estaba desplomando.

–Anda, dime qué ha pasado antes de que rompas la maleta.

–Ya te lo he dicho. Tanner y yo no estamos hechos el uno para el otro… y, al final, lo he visto claro. Debería haberlo visto desde el principio.

Darcy se cruzó de brazos.

–Candace, eso no es cierto. ¿Qué ha pasado? Si te ha hecho algo, le voy a poner el trasero que no va a volver a poder montar en un caballo.

Candace se rio sin ganas. Sería gracioso ver a Darcy intentando zurrarle la badana al indómito Tanner. Batalla perdida.

–No, Darce, no me ha hecho nada. Me temo que ha sido al revés. He sido yo la que le ha hecho daño –contestó sin dejar de llorar.

–Siéntate y cuéntamelo. Todo –dijo Darce echando la maleta a un lado e indicándole que se sentara a su lado. Pero Candace se quedó de pie.

–Cree… que me he acostado con él por el artículo.

–¿Te has acostado con él? –preguntó Darcy encantada–. ¿Te has acostado con él?

Encantada era decir poco. Darcy estaba como si se fueran a casar.

–Darcy, cree que ha sido para escribir el artículo.

–Te has acostado con él –repitió emocionada.

–Darce, no me estás escuchando.

Su amiga podía mostrarse obtusa a veces… y aquella estaba siendo una de esas veces.

–Sí, sí, te he oído… el artículo –dijo Darcy haciendo un ademán con la mano en el aire como no dándole importancia–. No te preocupes, Candace. Voy a hablar con él para dejarlo todo claro.

–Ni se te ocurra, Darcy. No. Yo me ocuparé de este problema.

–¿Cómo?

–No lo sé.

–Entonces, me necesitas.

«Igual que un pavo necesita el día de Acción de Gracias», pensó Candace.

–Me da igual. Me voy. Mañana hay un vuelo a las dos… y ya he reservado un billete.

–No, de eso nada, Candace Porter. Tienes a ese hombre interesado por ti. Dale tiempo. Cuando vea que no has puesto nada sobre él en el artículo… no has puesto nada, ¿no?

Candace negó con la cabeza.

–Ese no es el problema, Darce. No le he contado la verdad. Le tendría que haber dicho para qué había venido, pero le dije que estaba de vacaciones. Cree que… bueno, no importa mucho lo que crea o si se está equivocando. Se ha acabado.

Darcy no estaba dispuesta a tirar la toalla.

–Tanner vendrá a verte… lo sé. Solo necesita tiempo para calmarse.

Candace suspiró.

–No, no creo. Así es mejor, la verdad. Yo aquí no encajo nada… nunca sería mi hogar. Soy una niñata de ciudad, como tú dijiste.

–Me equivoqué. Me equivoco… a veces.

Candace sonrió a través de las lágrimas. Darcy debía de estar

desesperada por ella si era capaz de admitir una cosa así, pero aquello no la consoló.

Había perdido a Tanner.

Y se moría de dolor.

Aquel hombre que podía disparar las fantasías de cualquier mujer, desde luego las suyas, que hacía que se le disparara el corazón y le sudaran las manos… No tendría que haberse enamorado de él, pero había sucedido.

Y no tendría más remedio que vivir con aquel dolor que le agarrotaba el corazón.

Beber no le había servido de nada.

Y no quería ligar con una mujer.

Ninguna tenía nada que hacer comparada con Candace.

Se pasó otra noche en vela intentando olvidarla, intentando olvidar a aquella mujer que no lo dejaba ni de día ni de noche.

Nunca se había enamorado tan profundamente.

Aquella mañana, había salido a montar a caballo para calmarse, pero se había encontrado a uno de sus caballos atrapado en el alambre de espino. Tenía una herida profunda en una pata.

Tanner lo liberó y lo intentó tranquilizar como pudo, pero era obvio que iba a tener que llamar a Darcy.

Candace había contestado el teléfono.

Fue como si la lengua se le hiciera un nudo. Con solo escuchar su voz, se le llenó la cabeza de fantasías. Recordó cómo decía su nombre mientras hacían el amor. Sintió que el dolor y el deseo se apoderaban de él.

–¿Qué tal, Candace? –consiguió decir por fin.

–B… bien, Tanner… gracias. ¿Has llamado para interesarte por mí… o quieres hablar con Darcy? –preguntó disgustada.

No la podía culpar por ello. Se había despachado a gusto con ella. Supuso que por orgullo. No le había gustado lo que le había hecho, pero, aun así, no le gustaba oírla disgustada.

–Quería hablar con Darcy –contestó. Le pidió disculpas por haberse enfadado tanto, pero le aseguró que no había cambiado de opinión. Lo había engañado y para él la sinceridad también era muy importante–. Pero, aun así, me interesa saber qué tal estás.

Candace no quería que la compadeciera.

–Estoy bien –mintió por orgullo–. Espera un momento, voy a avisar a Darcy.

Darcy acababa de entrar y agarró el auricular.

–Tanner –le anunció Candace saliendo para ir a su habitación a terminar la maleta.

Le quedaban pocas horas para irse.

No veía el momento. Después de oír la voz de Tanner, se sentía todavía peor.

Unos minutos después, Darcy entró en su habitación.

–Voy al rancho de Tanner. Uno de sus caballos se ha hecho daño con una valla en la pata. ¿Por qué no vienes conmigo? Te prometo que estarás de vuelta a tiempo de tomar el avión.

–No, gracias, Darce. Tengo que terminar la maleta.

–Ya está hecha. Te quedan cinco minutos para terminarla –protestó su amiga.

–Darce, vete. No le digas nada a Tanner.

–Muy bien –contestó Darcy–, pero que sepas que no estoy de acuerdo.

–No te pido que estés de acuerdo… solo que no digas nada sobre Tanner y yo.

Darcy se fue y Candace se desplomó sobre la cama con un inmenso sentimiento de pérdida. ¿Cómo iba a olvidarse de Tanner, de aquel hombre que la había despertado a la vida con sus encantos y su belleza… y con tanto sex-appeal como para avivar la libido de mujeres desde los dieciocho a los ochenta años?

Capítulo 11

TANNER vio a Darce bajar de su camioneta. Esperó un momento a ver si había llevado a su amiga… pero no vio a la guapa pelirroja.

No quería admitirse a sí mismo que quería verla.

–No ha venido, Tanner.

¿Tanto se le notaba?

–No sé de qué estás hablando, Darce.

–Bueno, pues no te lo voy a explicar. En realidad, no tenemos nada de lo que hablar. He venido a ver a tu caballo.

–Me parece muy bien.

No esperaba que Darcy estuviera de su lado porque era la mejor amiga de Candace y, además, porque las mujeres siempre hacían piña.

Cumpliendo su palabra, Darcy atendió al animal ignorando a Tanner, que carraspeó como diciendo que estaba allí. Ni caso.

–Esto es algo entre Candace y yo. No es asunto tuyo.

Como si no lo hubiera oído. Aquella mujer era obstinada como ella sola.

–Como no quieres hablarme, supongo que no me vas a decir cuánto te debo –dijo Tanner cuando Darcy hubo terminado de curar al animal.

–Te mandaré la factura –dijo levantándose y yendo hacia la camioneta.

Tanner la siguió con la esperanza de que le dijera algo de Candace, si estaba bien…

No sabía qué quería oír, la verdad.

–Espero que te des cuenta de lo que estás perdiendo –dijo ya al volante.

–Mira, Darce…

–Por si te interesa, se va hoy en el vuelo de las dos.

Encendió el motor y se fue.

Tanner ni siquiera se dio cuenta de que estaba cubierto de polvo.

Candace se iba… ese mismo día.

Bueno, ¿y qué esperaba, que el tiempo se parara hasta que decidiera dejar de hacer el imbécil?

No, no, él tenía razón, estaba actuando bien, ¿no?

Le daba igual tener razón, no le reportaba ninguna satisfacción.

Se sentía mal.

Con el tiempo, la olvidaría, el dolor desaparecería y, tal vez, encontrara a otra mujer.

Además, ¿para qué necesitaba él una mujer? Una mujer tan diferente que bebía vino blanco en un local de Texas y que creía que unas botas rosas eran lo mejor para allí.

Pero si le daban miedo los caballos.

Bueno, aquella noche, a pesar del miedo, lo había ayudado. Reconoció su valor.

Había salido a buscarlo en mitad de una tormenta porque temía que le hubiera sucedido algo. Marlene no lo habría hecho.

Recordó su sonrisa, dulce y tierna, que le hacía sentirse como si fuera el hombre más maravilloso del mundo.

Recordó el deseo que vio en sus ojos la noche que habían hecho el amor. La pasión con la que gritaba su nombre, una pasión que no podía ser fingida. Era tan real como la suya.

Aunque había intentado fingir cuando habían hablado por teléfono que estaba tan contenta, Tanner no estaba muy convencido.

¿Estaría sufriendo tanto como él?

No había manera de saberlo. Las mujeres se le metían a uno en el corazón sin que se diera cuenta.

¿Se había enamorado de ella?

Sí, aquello parecía amor, pero ¿cómo podía estar seguro?

Dio una patada a una piedra y decidió que ya era hora de quitarse la coraza que se había puesto desde lo de Marlene.

¿Iba a dejar que su orgullo se interpusiera entre él y la mujer más dulce del mundo?

¿Estaría ella enamorada de él también?

Tenía que averiguarlo.

Candace devolvió el coche de alquiler en el aeropuerto y fue hacia la puerta de embarque. Había estado un buen rato despidiéndose de Darcy y asegurándole que estarían en contacto… aunque no le había dicho que fuera a volver.

Sería demasiado doloroso recordar…

Había esperado como una tonta que Tanner la llamara, que le dijera que no se fuera, que la quería tanto como ella a él.

Pero esa llamada no se había producido.

Había ido allí para desmontar el mito de los vaqueros y se había enamorado de uno de ellos.

Tanner.

¿Cuánto tiempo iba a estar pagando por ello? Sentía que para siempre.

No debería de haberse enamorado de él, pero la había pillado por sorpresa y la había cegado.

Todavía no estaban embarcando, así que se sentó e intentó ordenar sus pensamientos. Se iba.

En Connecticut tenía su vida, sus amistades, su profesión.

Pronto, se recuperaría. Quizás, no totalmente, pero la vida seguía.

Sin Tanner.

Su vida no volvería a ser la misma.

Nunca olvidaría a Tanner.

Ningún hombre podía compararse con él. Su estatura, su dureza y su ternura, su voz, su sonrisa, su manera de tocarla, como si fuera la persona más importante del mundo, de su vida.

No, ella no formaba parte de su vida.

Ni ahora ni nunca.

Aquello dolía tanto que no lo podía soportar.

Tanner dejó la camioneta tirada en una zona del aeropuerto donde no se podía aparcar. Le importaba un bledo que le pusieran una multa o que se la llevara la grúa. Lo único que le importaba era encontrar a Candace antes de que despegara aquel avión.

Antes de que desapareciera de su vida.

No podría soportarlo.

¿Qué haría sin aquella sonrisa radiante que iluminara sus días e hiciera su vida feliz y plena? ¿Qué haría sin su risa, que le recordara que tenía que reírse más a menudo, que tenía que aprender a reírse de sí mismo?

¿Qué haría si no pudiera compartir su cama con ella, si no pudiera hacerle el amor de forma salvaje y apasionada? Había entendido lo que era importante… el amor, no el miedo, no el orgullo, no el trabajo.

Vio un vendedor de flores. Perfecto, a las mujeres les encantaban las flores.

Compró el ramo más grande con la esperanza de suavizar un poco la situación, de hacerle ver que podía ser romántico… si le daba tiempo.

Las flores no iban a conseguir que se enamorara de él. Tenía que convencerla de que podía cambiar, de que podía ser como ella quisiera que fuera.

Solo tenía que darle una oportunidad.

Tenía que convencerla de que la quería como nunca había querido a nadie y como nunca querría a otra.

Al llegar a la zona de embarque, la buscó y la vio. Estaba sentada algo apartada. No llevaba botas rosas y vaqueros sino un traje azul. Parecía que fuera a una reunión.

Tanner echó de menos las botas.

Estaba jugando con el collar de perlas que llevaba al cuello. Tenía el pelo recogido, no suelto y en movimiento al ritmo de la brisa de Texas.

Volvía a su mundo. A Connecticut. ¿Tenía derecho a pedirle que se quedara? ¿Querría esa Candace que estaba viendo quedarse, con él, vivir en un rancho?

Tanner no se podía mover.

Ella lo miró sorprendida.

No había estado tan nervioso en su vida. ¿Le diría que se fuera? ¿Debía irse? ¿Debía desearle buena suerte y dejarla partir?

No podía.

Al ver las flores, Candace lo miró confusa.

–¿Tanner?

Su voz era dulce y sensual, como aquella noche. De repente era su Candace de nuevo, no la del traje serio. Tanner intentó hablar, pero no le salieron las palabras.

–No tenías que haber venido a decirme adiós.

Tanner tragó saliva.

–Quería venir. Tenía que venir.

Ella lo volvió a mirar confusa. No lo estaba haciendo bien. Claro, no tenía experiencia pidiendo a una mujer que se casara con él.

¿Cómo lo iba a lograr si no era capaz ni de decir hola?

–¿Son para mí?

–Sí –«Muy bien, Tanner. Desde luego, la estás deslumbrando».

Alargó el brazo, sus dedos se rozaron y él sintió una descarga eléctrica que le subía por la mano.

La vio sonreír, aquella sonrisa que le iluminaba la cara y con la que tanto había soñado.

–¿Podemos hablar en algún sitio?

–Mi avión… vamos a embarcar de un momento a otro.

¡Estupendo! Tenía un par de minutos para convencerla de que se

quedara y pasara el resto de su vida a su lado.

Miró a su alrededor.

Nadie los oía.

–He… venido a decirte que lo siento. No quería que te fueras sin saberlo.

Ella apretó las flores contra el pecho y asintió. No lo miraba y él quería que lo hiciera. Quería ver aquellos preciosos ojos verdes.

Entonces, vio una lágrima que le resbalaba por la mejilla.

¿Por qué le hacía algo así? ¿No sabían las mujeres que los hombres se ponían nerviosos cuando las veían llorar?

–Candy, no quiero que llores.

–No…no.

–Vamos a sentarnos.

Candace se sentó en el borde de una silla, como si fuera un pájaro que fuera a salir volando de un momento a otro.

–Quiero que sepas que el otro día me equivoqué y que no te tendría que haber dicho lo que te dije.

–No pasa nada. De todas formas, no voy a escribir el artículo.

–¿No?

Ella negó con la cabeza.

–¿Por mí?

–En parte –contestó–. En parte por ti y en parte porque me he dado cuenta de que no tenía ni idea del tema, no sé nada de los vaqueros.

–Sabes cosas sobre mí.

–No, Tanner… no te conozco. Creí conocerte, pero te he hecho daño. No te lo habría hecho si te hubiera conocido de verdad.

Tanner tragó saliva.

–Candy, te he juzgado mal por algo que pasó hace tiempo. Ha sido por el pasado, mi pasado, no por ti.

–No hace falta que me des explicaciones.

–Quiero dártelas.

Al menos, lo estaba escuchando. No le había dicho que se fuera a freír espárragos.

–Creí que eras como Marlene, mi ex mujer. Vino a Texas en busca de un vaquero y se casó conmigo. Yo era muy joven y me dejé engañar. Cuando descubrí la verdad, ya estábamos casados y mi orgullo masculino se resintió. Pensé que tú también habías venido en busca de algo y que te habías acostado conmigo porque…

Candace le puso dos dedos sobre los labios.

–Sé lo que debió parecer, Tanner, pero yo no soy como Marlene –susurró.

A pesar de que lo había dicho en voz baja, el mensaje era alto y claro. Ella no era Marlene. Era Candace.

Y por eso la quería.

–No te vayas, por favor –le rogó.

Candace miró hacia la puerta de embarque. Tanner sintió que el tiempo se acababa de repente.

–El avión… tengo que irme.

–¿Por qué? Quédate y volvamos a intentarlo.

–¿Juntos?

–Tú y yo. Me parece que no lo estoy haciendo muy bien. Lo que intento decirte es que… te quiero.

–¿Me quieres?

–Sí.

–Pero si no me conoces…

–Te conozco lo suficiente… sé que eres dulce, generosa y amable, que te dan miedo los caballos aunque eso no te impidió ayudarme, que haces el amor con pasión, con sentimiento y con el corazón. Creo que, si te lo propones, tú también podrías quererme.

–Oh, Tanner –dijo ella con los ojos llenos de lágrimas–. Tanner, yo ya te quiero. Me di cuenta hace tiempo, pero…

–¿Pero qué? –dijo él con el ceño fruncido–. Sea lo que sea, lo solucionaremos entre los dos.

–No es tan fácil. No sé nada de Texas, ni de cómo llevar un rancho, ni de caballos ni de…

–Eso no importa.

–Sí, sí importa. No soy de aquí. Estoy como un pez fuera del agua. Soy una yanqui.

–Una yanqui muy guapa –dijo quitándole una lágrima que le resbalaba por la mejilla.

–Debo… debo estar horrible –dijo ella tocándose la cara.

–Estás preciosa.

–Odio llorar.

–Candy, quiero casarme contigo. Te quiero y, si tú me quieres, superaremos todo.

Así dicho parecía muy fácil. Había una y mil razones por las que no debería casarse con él, pero ninguna le pareció importante.

Claro que ¿qué sabía de ser la mujer de un ranchero?

¿Qué sabía lo que significaba simplemente ser la mujer de alguien?

Nada.

–La revista, Tanner. Tengo que volver.

–En Texas también tenemos revistas o podrías trabajar desde

casa y mandar los artículos por fax o correo electrónico.

Estaba tan convencido, tan guapo. Si pudiera parar de pensar en él, tal vez pudiera pensar con claridad, pero lo único que quería era que la agarrara en brazos, la llevara a su rancho y le hiciera el amor.

–La verdad es que creo que deberías terminar ese artículo sobre las fantasías que tienen las mujeres con los vaqueros.

Candace sonrió al pensar que, al final, era un motivo de orgullo para él. Tal vez, ya lo pensaría.

Era cierto, había faxes. Podría hacerlo si decidía quedarse.

Quedarse.

Y casarse con Tanner.

No podía pensar con claridad.

Lo quería, pero ¿valdría como esposa de un ranchero?

Llamaron a los pasajeros de su vuelo. La gente estaba embarcando, pero ella necesitaba tiempo… para pensar.

–Oh, Tanner… –dijo estrujando el billete de avión que tenía en la mano.

–Cásate conmigo… Di que sí.

Sintió que se le secaba la boca. Miró hacia la puerta de embarque y volvió a mirarse en los ojos de aquel hombre a quien tanto quería.

–Necesito tiempo para pensar, Tanner –dijo levantándose–. Dame tiempo.

Le dio un fugaz beso de despedida, agarró su bolsa y se fue hacia la puerta de embarque.

Tanner se quedó allí, destrozado. Tiempo. Se iba. El tiempo se la podía devolver igual que se la podía quitar.

¿Por qué se iba?

Si la quería. Y ella, también a él… eso había dicho. Se pasó los dedos por el pelo. Se sentía como si la vida se le escapara del cuerpo.

Ella le sonrió dubitativa, le dijo adiós con la mano y se perdió entre los pasajeros.

Sintió deseos de correr tras ella y obligarla a quedarse, pero quería que fuera así. Quería que fuera una decisión libre.

Solo así podría funcionar.

Sintió que el dolor lo desgarraba por dentro. ¿Cómo iba a vivir sin ella?

Miró a su alrededor. No quedaba nadie… No, no podía dejar que se fuera.

Corrió hacia el mostrador con la cartera en la mano.

–Necesito un billete para ese vuelo –dijo entregando su tarjeta de crédito.

–Lo siento, señor, pero el avión va a despegar.

–Necesito tomar ese avión –insistió.

–Tanner.

Se giró y la vio, tan guapa, tan maravillosa, tan increíble que creyó que se le iba a parar el corazón.

–No… no puedo irme –dijo sonriendo.

Tanner no se lo podía creer.

–¿Estás segura, Candy? –consiguió decir.

–Muy segura.

La estrechó entre sus brazos y ella se entregó a su abrazo.

–Candy, te quiero. Cásate conmigo cuanto antes.

–Sí, Tanner, sí. ¿Cómo le iba a decir que no al único hombre que dejo que me llame Candy?

Tanner sonrió.

–Candy, Candace… solo quiero poderte llamarte esposa para siempre.

–¿Y hacer realidad todas mis fantasías?

–Y hacer realidad todas tus fantasías –prometió.

La besó durante mucho tiempo. Nunca había sentido tanto amor en su vida.

Candace se fundió con él en aquel beso. Ya sabía qué se sentía al pertenecer a un hombre de manera irrevocable y creyó que le iba a explotar el corazón de felicidad.

–Hay muchos más besos como este esperándote –le dijo Tanner con voz ronca.

Y ella se moría por comprobarlo.

Epílogo

CANDACE apoyó una bota rosa en la valla y observó a Tanner enseñando a sus gemelos a montar en el poni que les había comprado. Los niños reían encantados y su madre supo que se lo estaban pasando en grande.

Tanner todavía no había conseguido montarla en un caballo, pero tenían otras cosas que los mantenían ocupados. Ya tenían tres chicos, así que la llegada de la pequeña que estaba por nacer era perfecta.

Se tocó la tripa encantada. Cómo le gustaba sentir sus patadas. La llenaba de felicidad que Tanner le tocara la tripa y compartiera aquellos momentos con ella.

Era muy buen padre… tal y como ella se lo había imaginado. Era duro y tierno a la vez, aquella combinación que siempre la había excitado y que estaba segura que siempre la excitaría.

Además de esposa y madre, era la nueva editora de un grupo editorial de Austin. Tenía una vida feliz y plena.

Tanner y los niños la hacían así.

Como si supiera que estaba pensando en él, se giró y la sonrió con dulzura. Ella le devolvió la sonrisa.

Los gemelos estaban demasiado a lo suyo y no se dieron cuenta.

Crecerían y serían como su padre, pero la niña, esperaba ella, sería dulce y delicada.

No había tenido que ser dura ni saber montar a caballo para enamorar a su marido. Había seguido siendo quién era… aquella chica del norte que no sabía nada de caballos.

Tanner la quería de todas formas.

Y ella había aprendido a querer el rancho tanto como él, estaba aprendiendo a ser la esposa de un ranchero y se preocupaba igual que él cuando una yegua estaba de parto, cuando había sequía o cuando se caía una valla y el ganado se iba a la carretera.

Sabía que había una cosa por la que nunca tendría que preocuparse: el amor de Tanner.

En ese momento, él se acercó con las riendas del poni bien sujetas.

–Hola, mami, mira qué bien monto –dijo Joshua muy orgulloso

sobre la silla.

–Yo, también, mamá –se apresuró a decir Jackson.

Tanner la sonrió y le dio un beso cálido y apasionado en la boca. Un beso que prometía que había muchos más.